

CAPITÁN ÁTOMO

JOHNNY GARLAND

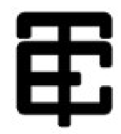
«CAPITÁN ÁTOMO»

Colección ESPACIO

Capitán «Átomo»

POR

JOHNNY GARLAND



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Ediciones TORAY, S. A. 1962
Núm. de Registro: 5.240 - 1962
Depósito Legal: B. 27.543 - 1962

Distribuidor exclusivo en la Argentina:
EDICIONES TORAY. Chorroarín, 1440 bis.
Teléfono 51-7372 - Buenos Aires.
IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. - A, de Oms, 51-53 - BARNA.



CAPÍTULO PRIMERO

«DEL DIARIO DE KEN SKY»



ONOCÍ al capitán Héctor Zaar de una forma puramente casual.

En realidad, no era el personaje a quién yo había ido a entrevistar aquel día. Ni siquiera sabía mucho sobre su existencia, cuando mi aerocar avanzaba vertiginosamente, por una espaciorruta interurbana, dejando atrás el conglomerado de aluminio, plástico y vitrofibras que forma mi ciudad. La ciudad donde yo resido, mi mundo habitual, moderno y estilizado, conjunto armónico de estructuras de resplandeciente metal, blancos compactos y paneles gigantescos de cristal, como espejos centelleantes en los que se miraban los prodigios de una época maravillosa.

Sí. Este bendito siglo XXI, iniciado hace unas décadas, es hermoso. Tiene maravillas sin fin. Y los hombres procuramos cada día mejorarlo todo, con un esfuerzo realmente extraordinario.

Cuando todo parece hallado, cuando ningún nuevo prodigio o avance técnico o científico parece posible, surge el esfuerzo de un hombre, una idea luminosa o una sugerencia genial... y otra maravilla aparece, para hacernos la vida más cómoda, más feliz o, simplemente, más activa y vertiginosa. Si no lo

era antes en grado suficiente, e incluso sobrado...

Sí. De ese modo ocurrió. Yo iba en mi aerocar. Una bonita nave aeroterrestre, biplaza, de color rojo guinda, y forma de tiburón. Mi misión era concreta: entrevistar a una personalidad en visita oficial a nuestro país: el profesor Argos Nielson.

El profesor Nielson tenía un nombre casi profético: Argos. Cuando se lo aplicaron, cincuenta años atrás, sus padres no podían saber lo que sería la criatura. Y ahora, el profesor Nielson era uno de los cosmonautas de la Ciencia. Un viajero infatigable de los espacios, un investigador de la vida en otros planetas. La vida animal y vegetal, se entiende. Porque de la otra, de la humana o inteligente... no había nada.

Nos había decepcionado mucho a los soñadores de la Tierra. Y yo me cuento entre esos soñadores, por eso hablo en primera persona del plural. Pero esa era la verdad: ni marcianos, ni venusinos, ni jupiterianos ni selenitas. Nada de nada. Si alguna raza inteligente existió en Marte, Venus, Júpiter u otro planeta, se había extinguido muchos siglos antes de que nosotros llegáramos a existir en nuestro pequeño planeta.

El profesor Argos Nielson era mi objetivo en aquel viaje a Beach City, la hermosa, gigantesca y ultramoderna ciudad costera. El profesor Nielson había vuelto recientemente de su viaje a Venus, con la «Expedición Delta», del Instituto Mundial de Investigaciones Científicas. Lo que pudiera decir a «Science and Future», nuestra publicación de importantes sucesos actuales, con proyección al futuro de nuestro mundo y nuestra civilización, siempre sería importante.

Pero, naturalmente, yo no podía saber entonces que en Beach City conocería a una persona muy diferente al profesor Nielson: el capitán Héctor Zaar no entraba en mis cálculos, porque ni siquiera sabía de su presencia en la ciudad costera, y mucho menos que él pudiera interesarse por mí, hasta el punto en que lo hizo.

Después de todo, yo, Ken Sky, soy solamente un cronista, un reportero de una publicación prestigiosa. Nada más.

¿Para qué podía necesitarme a mí un hombre como el capitán Zaar?

Y lo malo es que, cuando lo supe, ya era tarde para volverse atrás. Tuve que seguir lo que ya había iniciado, como una ruta inexorable.

Así tuve que hacerlo. No me arrepiento. Pero quizá de haber sabido lo que me esperaba, hubiese obrado entonces de forma muy distinta.

¿O tal vez no?

* * *

Era la tercera tentativa.

El profesor Nielson no se mostraba lo que se dice muy sociable. No ya conmigo, sino ni tan siquiera con los operadores de la Mundial-Televisión, ni con los reporteros de publicaciones de actualidad, ni siquiera con los siempre

bien acogidos agentes de publicaciones filmadas, que pagaban precios fabulosos por la exclusiva de impresionar un film sonoro, tridimensional y en color, de las personalidades y sus éxitos, para exhibirlos luego en los cinescopios internacionales, por los que desfilaban riadas de millones de espectadores, interesados en la exhibición de documentales y noticiarios de gran valor informativo y actual.

—Lo siento, señores. El profesor Nielson ha venido aquí a descansar. Quizá les reciba más tarde. O tal vez mañana. Pero, desde luego, ahora no. Les ruego comprendan.

Así se expresaba aquel tipo. Y sonreía mil veces, para quitar hiel a su voz.

Me habían dicho que se llamaba Ingram Fark. Era el secretario y ayudante particular del profesor. Algo así como su brazo derecho, tanto en la labor científica como en las relaciones públicas.

No me fue simpático. ¿Cómo iba a sérmelo, si era el obstáculo viviente que se oponía, con la férrea decisión de tales casos, a mis esfuerzos por entrevistar a mi personaje de actualidad, de rabiosa y candente actualidad?

De cualquier modo, no es que el tipo pretendiera ser simpático a nadie. Cumplía su deber de una forma fría e impersonal, despachaba el cupo habitual de sonrisas ceremoniosas y huecas, y se volvía tan fresco al interior de la «suite», fuertemente vigilada por los empleados del Beach Palace, donde el profesor Nielson se alojaba.

—Hemos de conformarnos, colega —me dijo Perrish, del «Movie Reel», palmeando mi espalda con desconsuelo—. Hasta más tarde, amigo...

Le dije adiós con un gesto de cabeza. Estaba irritado. Mi publicación podía pagarme la estancia de tantos días como pudiera estar el profesor en aquel hermoso lugar de recreo. Pero era cuestión de conciencia profesional. Tenía a dos pasos a mi hombre, y no quería perder días y días alegremente, tostándome en las playas y en las piscinas, y bebiendo combinados en las cromadas barras, tras las grandes vidrieras de los miradores al mar... y a las bellezas semidesnudas que pululaban por la dorada arena...

—Hola, Ken. ¿Defraudado? —me preguntó alguien, a dos pasos de mí.

Me volví. La voz me había parecido conocida. De momento, uno podía pensar que una de las bellezas de la playa se había filtrado a través de las vidrieras del lujoso hotel para consolarme.

Pero era simple imaginación. Ella iba vestida. Bien vestida, aunque el tono salmón claro de su vestido, con adornos dorados sobre el seno y caderas, diese en cierto modo la impresión de un precario bañador, de los que nuestros abuelos llamaron «bikinis», hace un sinfín de años...

Su cabello rubio parecía un adorno más del vestido que se ceñía a sus endiabladas curvas. Siempre me había parecido bonita Alma Gart. Pero ahora más que nunca. Sin embargo, no me iba a hacer ilusiones. Yo no era su tipo. Y se comprende. Una chica como ella necesita algo más. Mucho más, esta es la verdad...

—Sí, Alma —dije, sonriendo con algo más de sinceridad y buena gana que

al hipócrita y ceremonioso señor Ingram Fark—. ¿Y tú?

—Ya puedes imaginarle —ella se encogió de hombros—. Hasta hoy pensé que mis encantos eran lo suficientemente poderosos como para salvar cualquier obstáculo que llevara pantalones. Hoy he comprendido que hay tipos a quienes la belleza femenina les deja tan fríos como un helado de fresa en pleno diciembre...

—¿Ingram Fark, por ejemplo? —reí, divertido por su comparación.

—Sí. Es una especie de «iceberg» plantado ante la puerta. Ese Nielson sabía lo que hacía cuando le dio el cargo de perrito guardián. ¡Cielos, qué hombre! Me pregunto lo que dirá mi director, cuando «News of the Planets» no publique nada sobre Argos Nielson en su próximo número.

—Poco más o menos, lo que dirá el mío —la consolé—. ¿Un combinado, Alma?

—Siempre servirá para endulzar un poco la decepción —ella suspiró, entornando con endiablada coquetería sus pasmosos ojos verdes—. Vamos, Ken.

Entonces vimos por primera vez al capitán Héctor Zaar.

Estaba en la barra y sorbía lentamente un combinado de color azul turquesa. Se volvió, al sentarnos junto a él, y se quedó contemplando a Alma con curiosidad fascinada. Luego me miró a mí.

Y sin decir nada giró nuevamente su cabeza, como si el combinado fuese más interesante que la belleza de mi compañera.

Aquello molestó a Alma. Recuerdo que miró fijamente al rubio y arrogante caballero de uniforme verde y breve capa blanca sobre los hombros, con el distintivo de la Guardia Internacional del Espacio sobre su gorra en forma de casco, muy blanca, y cruzada por una franja verde.

Era un auténtico Adonis, ciertamente. Un Apolo hermoso, un dios griego trasladado desde la Mitología al mundo mecánico del siglo XXI...

—Dos combinados —pedí—. Dos «Año 2000»...

El «Año 2000» era un combinado suave y agradable a la vez. No sé por qué lo bautizaron así, pero, a pesar de su nombre, era una bebida confortante y deliciosa. Alma lo aceptó también, aunque me pareció más preocupada por el arrogante militar que por el cóctel.

De repente, el capitán se volvió, y se quedó mirándonos franca, abiertamente. Y luego nos disparó sus palabras a quemarropa, sobresaltando incluso a una muchacha tan serena como Alma Gart:

—Si son periodistas, pierden el tiempo en Beach City. Nunca verán al profesor Nielson...

CAPÍTULO II

«DEL DIARIO DE ALMA GART»



UANDO Ken Sky me invitó a beber con él en aquel bar, no podía saber que yo, Alma Gart, Corresponsal en Beach City de «News of the Planeta», conocería al capitán Héctor Zaar.

Me atrajo nada más verlo.

Y especialmente me atrajo su indiferencia hacia mí. Soy bonita. Muy bonita, si he de hacer caso a todos los hombres. Tengo una figura de esas que la gente se para a contemplar extasiada. Esperaba que él hiciera lo mismo.

En cambio, aquel atleta rubio y hermoso me echó una mirada llena de curiosidad... y nada más. Luego, miró a mi compañero, al gordinflón y amable Ken Sky, uno de los periodistas más astutos y uno de los mejores compañeros del mundo en esta aperreada y poco leal profesión nuestra.

Por fin, el capitán se dedicó de lleno a su combinado. Hasta que Ken y yo tomamos nuestros «Año 2000», para calmar la sed y la decepción por el fracaso profesional sufrido poco antes.

Entonces, el capitán nos dijo aquello, volviéndose hacia nosotros como si le hubiera picado un áspid:

—Si son periodistas, pierden el tiempo en Beach City. Nunca verán al profesor Nielson...

* * *

Ken y yo nos miramos, un poco perplejos y un poco intrigados.

Aquel hombre no parecía precisamente hablar en broma. Su rostro, viril y enérgico, tenía unas cejas arqueadas, una dura mirada azul oscura, y una boca de labios carnosos, que se apretaban casi con rabia, tras soltar las palabras.

—Bueno —dijo Ken, saliendo de su sorpresa—. ¿Está tan seguro, señor...?

—Me llamo Héctor. Héctor Zaar —replicó el oficial.

—¿El capitán Héctor Zaar? —pregunté yo, más sorprendida todavía que antes.

—Sí. ¿Me conoce?

Su mirada me escudriñó, con su azul duro y penetrante, de un modo que no

acostumbraban a hacer los hombres conmigo. Era como si contemplase a un hombre o a un objeto. Nada más.

—De nombre —repuse. Me volví a Ken y le pregunté—: ¿Y tú, Ken?

Ken Sky parpadeó y sorbió un trago de «Año 2000», antes de responder:

—Creo que sí. Capitán Héctor Zaar, de la Patrulla Internacional del Espacio. Medalla al Valor de las Naciones Unidas, y mención al Heroico Combatiente Espacial del Año de la Sociedad de Naciones y Planetas. ¿Es usted, capitán?

—Sí —Héctor Zaar hizo un gesto—. Pero no hablen de ello. Nunca hice mucho caso de medallas, condecoraciones y todo eso. Es chatarra. Chatarra y palabrería nada más.

—Mucha gente hace grandes cosas sólo por alcanzar una de esas piezas de chatarra —le recordó Ken.

—Pobrecillos. Me dan pena, si existen seres así... Yo nunca hice nada para merecer premios. Me limité a cumplir con mi deber.

—Hay muchas maneras de cumplirlo —dije yo—. Usted llegó hasta el heroísmo. Al riesgo de la propia vida.

—¿Y por qué no? Eso es lo que se debe hacer siempre. Jugar hasta la última carta. En especial, cuando las vidas ajenas dependen de uno.

—Es usted un gran tipo —suspiró Ken Sky—. Me gustan los que hablan como usted... y demuestran luego prácticamente que saben hacer algo más que hablar. Por cierto, también ha hablado de otra cosa: ha dicho que nunca veremos a Argos Nielson. ¿Por qué?

—Porque Argos Nielson es mi suegro.

Otra declaración inesperada. Ken parpadeó. Yo me quedé de una pieza. Y el capitán perdió muchos enteros para mí. Lamentable.

—¿Es usted... casado? —no pude por menos de murmurar, abatida.

—Sí —me miró fijamente—. Me casé hace mucho tiempo. Era casi un niño. Y ella también.

—¿Ella?

—La hija de Nielson, sí. Sonia Nielson es mi mujer.

—Entonces, todavía lo entiendo menos —confesé—. ¿Es que el profesor le ha dicho que no quiere ver a los periodistas y que hará lo imposible por ahuyentarnos? ¿O es decisión suya y de su esposa, capitán Zaar?

—Algo hay sobre lo primero. Nielson no quiere ver a nadie. Su guardián lo impide celosamente. Incluso a mí me está prohibido entrar.

—¿De veras? —se asombró Ken Sky, irguiendo la cabeza.

—Sí. Hace poco fui obligado a retirarme. El profesor no quería verme.

—¿Y... y a Sonia, su hija? —indagué yo, diciéndose que quizás el capitán estaba proporcionándome el material que yo necesitaba para mi reportaje. Y, naturalmente, también el de Ken, que sabe «oler» las noticias allí donde las hay.

—Ella está ahora con él allí dentro —señaló vagamente hacia donde quedaba la lujosa y amplia «suite» del profesor—. Espero que vuelva pronto.

Y espero con ansiedad lo que tiene que decirme sobre su padre.

—Sinceramente, capitán Zaar... le confieso que no entiendo una palabra —gruñó Ken—. ¿Tan irritable, tan incapaz de convivir en sociedad se ha vuelto el profesor tras su viaje al espacio?

—No sé qué decirles a eso. Ni creo que deba hablar más —el capitán suspiró. Apuró su combinado azul turquesa y pidió otro. Temí por su estabilidad. Aquel combinado era muy fuerte; yo lo conocía—. Después de todo, ustedes son periodistas... y yo debo tomar precauciones.

—¿Precauciones? —le miré. Había algo. «Algo» más de lo que decía el capitán. Yo quería saber lo que era aquel «algo»—. ¿Qué quiere decir, capitán?

—Nada —negó con energía—. Nada, señorita...

—Me llamo Alma Gart —informé—. Y este es mi compañero, Ken Sky...

—Les conozco de nombre —nos miró atentamente. Luego, sus ojos azules tuvieron algo, una luz rara, intensa y penetrante—. No sé por qué, pero confío en ustedes. He confiado desde que les vi.

—Gracias —rió Ken—. Pero nunca confíe en un periodista. No del todo, al menos. Es un sano consejo.

—Lo tendré en cuenta. Pero me encuentro tan confuso que quisiera comprobar algo. Y necesitaré ayuda, amigos leales. Ustedes podrían serlo.

—¿Por qué nosotros? —le respondí—. Los periodistas no tenemos por qué ser leales ni siquiera con nuestros amigos. La profesión obliga...

—Podrían serlo... y no sufrir su deber profesional. Supongan... supongan que yo... les prometo una exclusiva. La de una grande y extraordinaria noticia. Pero, para ello, deben ponerse a mi lado, luchar conmigo, ser completamente leales a mí. ¿Lo harían?

—Si la noticia valía la pena... —dijo Ken vagamente.

—Le prometo lealtad y discreción —manifesté con apresuramiento. Y bien sabe Dios que yo no he sido nunca apresurada en compromisos así. Pero allí, insisto, había «algo». Continué—: Si la noticia vale la pena, si podemos obtenerla antes que nadie, tiene mi palabra. Seremos sus colaboradores en lo que sea, capitán.

—¿Y usted? —indagó Zaar, mirando a Ken fijamente.

—De acuerdo. Si Alma cree que vale la pena, es que realmente debe valer la pena —rió Sky—. Tiene mi palabra también. No hablaré hasta que usted me autorice... caso de que las circunstancias lo exijan perentoriamente. Le escuchamos, capitán.

El capitán Héctor Zaar se inclinó hacia nosotros, tras tomar de nuevo el combinado del mostrador, con mano firme. Nos miró. Y lo que nos dijo, casi nos derriba de los asientos en que nos hallábamos frente a la barra:

—Amigos míos, escuchen esto. Cuando Ingram Fark me negó la entrada, le vi volver al interior. Nielson asomó tras unas cortinas, dentro de la «suite», como pendiente de lo que resolvía conmigo su secretario y auxiliar... Pues bien, puedo asegurarles algo, sin lugar a dudas: EL HOMBRE QUE VIVE EN

ESA «SUITE» NO ES EL PROFESOR NIELSON...

CAPÍTULO III

«SIGUE EL DIARIO DE ALMA GART»



REO que nunca había oído nada que sonase tan disparatado. Ni tampoco Ken Sky, a juzgar por su gesto, que debió de ser un perfecto y fiel reflejo del mío. Aunque yo me considere algo más bonita que Ken, por supuesto.

Miramos a aquel oficial arrogante y lleno de desconcertantes sorpresas, con un aire realmente estupefacto. Él se mantuvo sereno, firme ante nosotros dos.

—¿He oído bien, capitán? —pregunté, un poco tontamente.

—Sí, señorita. Ha oído la verdad. Simplemente eso.

Después de todo, mis oídos no me habían jugado una mala pasada. Me tranquilicé, sujeta aún al marasmo de aquel desconcierto. Ken Sky resopló a mi lado, y buscó energías de repuesto en su vaso de combinado.

—Eso no es posible, capitán —objetó Ken—. Quizá ha sufrido un error. Tenga en cuenta que mucha gente conoce al profesor Nielson. ¿Cómo iban a suplantarle tan descaradamente? ¿Y por qué razones?

—El profesor Nielson que yo vi se parecía mucho a él. Era una contrafigura o un hombre bien caracterizado. Pero, desde luego, no era el auténtico.

—¿Ha pensado en que un hombre que hace largos viajes al espacio, que sufre diversas influencias climáticas, de gravedad y de ambiente, puede volver cambiado, al menos en el grado suficiente como para que, por un momento, no parezca el mismo que se fue? —intervine yo.

—He pensado en todo eso. Creo que conozco bien a Nielson. Lo he visto en muchas y diversas ocasiones, antes y después de otros viajes al espacio, incluso tras agotadores experimentos en cápsulas espaciales de prueba. Nunca fue como ahora.

—Pero usted ha dicho que la hija del profesor, es decir, su esposa, capitán, está ahora con él. Ella tiene que darse cuenta...

—Eso espero. Por eso les dije que aguardaba con impaciencia. Me pregunto si ella notará esa anomalía. Y, si es así, cómo reaccionará...

—Suponga que es cierto lo que usted dice —aventuré yo—. Y que su

esposa no tiene la suficiente serenidad como para mantenerse dueña de sí en ese trance y Esperar a reunirse con usted para desenmascarar al supuesto falsario. Si esa suplantación ha sido con miras delictivas de algún género... ¿no peligrará entonces su esposa?

—Sí —suspiró el capitán Héctor Zaar—. Peligrará. Lo sé.

—¿Entonces?... —apuntó Ken Sky, conteniendo casi el aliento.

—Confío ciegamente en mi mujer. Sonia es una mujer cerebral, inteligente, rápida de reflejos y con un gran dominio de sí misma. Ella controlará perfectamente sus emociones, esté seguro de ello.

—Muy bien —aprobó Ken—. ¿Qué tal si esperamos también nosotros con usted, capitán Zaar?

—Excelente —el gigante rubio sonrió, con expresión pensativa, sombría, que no iba en absoluto con aquella pretendida sonrisa—. Les ruego que esperen. ¿Salimos de aquí?

Asentimos. El capitán pagó en la barra, pese a nuestro afán por anticiparnos a él. Salimos del local.

El Beach Palace tenía una amplia galería semicircular, provista de una barandilla de duraluminio que centelleaba al sol, frente a la hilera de playas de dorada arena, y «bikinis» sensacionales, que casi lograban arrancar la atención de mi compañero Ken, en determinados momentos.

Sin embargo, observé que el capitán Zaar no concedía importancia a la anatomía agresiva de las bellas dispersas sobre la arena. Extraño hombre aquel. Hermoso, arrogante como pocos... y todo parecía preocuparle mucho más que la presencia de una mujer. Ni siquiera a mí parecía verme de otro modo que si fuese un periodista con pantalones, en vez de una chica rodeada siempre de admiradores rendidos y pegajosos.

Todo ello me hacía sentir mayor interés por Zaar. Y lamentar sinceramente, en el fondo de mí misma, que el apuesto oficial estuviera casado. Claro que aquella Sonia Nielson debía de ser un prodigio de belleza, estaba segura de, ello. Sin saber por qué, aborrecí desde aquel mismo instante a la hija de Argos Nielson.

Procuré olvidarlo todo, no pensar en ello. Lo que realmente contaba era la noticia. La Noticia, con mayúscula, es mi credo, mi ley, mi norma en la vida. Tengo que rendirme a ella siempre. Y, al parecer, en todo aquello había noticia. Héctor Zaar no me parecía un fantástico. Ni un estúpido. Ni siquiera un embustero.

Pero, de todos modos, la información era extraña. ¿Por qué suplir a Nielson? ¿Y cómo? ¿Dónde? ¿Por qué?

Pensé instintivamente en Ingram Fark, su untuoso secretario. ¿Quizás era esa la razón de que no se permitiera a nadie acercarse a nuestro hombre del día? Tal vez...

Los tres nos detuvimos ante la barandilla asomada a las playas arenosas de Beach City. Bajo aquel sol cálido y luminoso, rodeados de comodidad, lujo y ambiente cosmopolita, resultaba extraño pensar en, que algo anómalo, quizás

delictivo, podía estar sucediendo allí.

—¿Lleva mucho tiempo casado, capitán? —pregunté.

Y yo misma me sorprendí de esta pregunta, en realidad, no creía que pudiera formar parte de la noticia, salvo en el caso de que realmente algo le sucediera a su suegro, el profesor.

—No mucho —sonrió él—. Solamente un año, señorita.

—¿Está usted enamorado? —seguía preguntando sin saber por qué. Era la mujer, no la periodista, la que hablaba ahora por mis labios.

—Sí —confesó sencillamente, mirándome con aquellos inquietantes y luminosos ojos suyos. Parecía sorprendido de la pregunta—. Sí, claro. ¿Por qué, si no, iba a casarme con ella?

—Sí, claro. Es lo que yo me decía —admití, algo confusa, aceptando la lógica de su réplica—. ¿Cómo es realmente el profesor Nielson, capitán?

—Un hombre afable, honesto, profundamente entregado a su carrera y vocación. Vive para la Ciencia, para descubrir siempre algo nuevo, para sumergirse en cualquier problema o incógnita científica que le apasione. Ha destinado a ello su vida, y creo que para él no existe otra cosa. Ama a Sonia, me aprecia a mí, pero nada más. Por encima de todo está su afán, su entusiasmo por avanzar siempre un paso más hacia lo desconocido, hacia lo ignorado, lo subyugante, lo nuevo, lo que puede significar un avance más para el futuro del ser humano, de nuestro mundo...

—Su especialidad es la flora y la fauna interplanetaria, ¿no es cierto? —apuntó Ken Sky.

—Sí. Sobre todo, la flora. Los vegetales de Marte, de Venus y del propio Saturno y Júpiter, apasionan a Nielson. Tiene muy avanzadas las experiencias sobre todo ello, y creo que en este último viaje espacial ha logrado grandes avances técnicos en ese terreno. Me hubiera gustado hablar con él, porque también a mí me gustan los vegetales de otros mundos, que permiten investigar los planetas exhaustivamente, y a veces incluso penetrar en muchos secretos fisiológicos y geográficos, que llevan a deducir cuáles fueron las generaciones anteriores, cuáles las plantas cultivadas artificialmente, y cuáles las que crecieron por sí mismas en determinadas condiciones climatológicas y geológicas.

—Y precisamente ahora... sucede esto —apunté—. Tendremos que denunciar oficialmente el caso, si se confirma. Será una especie de bomba, capitán Zaar.

—¡Y qué bomba! —musitó él, sombrío. Se pasó una mano nerviosa por la amplia frente—. Dios mío, lo que yo me pregunto es... ¿Dónde está el «auténtico profesor»? ¿Y qué puede haberle sucedido?

La verdad, no sabíamos qué responder. Y nada respondimos.

Entonces, de súbito, algo sucedió en el rostro broncíneo del arrogante militar. Observé su expresión especial, el brillo de sus pupilas, fijas en un punto a mis espaldas. Ken también debió advertirlo, porque se volvió al mismo tiempo que yo.

Vimos a una mujer. Debía de ser Sonia Nielson. Era hermosísima. Y cuando una mujer dice que otra es hermosísima, no duden de que lo es. Yo, antes que periodista y cronista de las verdades de nuestro mundo... soy mujer. Lo confieso. Y confieso también que la esposa del capitán Zaar me causó cierta envidia.

No, no porque la considerase más bella que yo. Entonces sí que hubiera dejado de pensar como una mujer. Pero... además de ser muy bonita, espectacular y llena de encantos —encantos que dejaron boquiabierto a Ken Sky—, era la esposa de aquel hombre. Sí, quizás esa era mi envidia, ahora lo debo confesar lealmente. Lealmente para ustedes... y para mí misma.

—¡Sonia! —exclamó el capitán Zaar, mientras corría hacia ella—. Sonia, dime... ¿Cómo fue todo?

—Bien —dijo ella serenamente, con una radiante sonrisa que mostró, entre sus rojos labios brillantes, una doble hilera de dientes iguales, blanquísimos, nítidos—. ¿Cómo había de ir?

Sonia Nielson tenía el cabello color gris azulado. Los ojos de un tono ámbar, casi dorado, jaspeado en torno a sus pupilas. Un cuello recto, erguido, una nariz breve, recta, delicada. Un seno potente, belicoso, que el tejido plástico, color plata, resaltaba de forma inquietante. Unas caderas amplias, bien marcadas, una cintura breve. Y una estatura considerable, largas piernas, aspecto de diosa escandinava, de rubia Venus nórdica.

Zaar avanzó hacia ella, rápido, dejándonos a nosotros atrás. Apoyó sus manos en los desnudos brazos de su esposa. La presionó con fuerza, al preguntar:

—Pero Sonia, tú... tú has tenido que notarlo. Tu padre... tu padre... ¿no has notado sigo extraño en él?

—¿Extraño? —ella enarcó las rubias cejas, sus ojos dorados le miraron con sorpresa—. No te comprendo, Héctor...

—Sonia, yo... ¡Tienes que haberlo advertido! —el oficial se irritó—. ¡Eres su hija, le conoces mejor que nadie...!

—Querido, sigo sin comprenderte —había preocupación, desconcierto, en la mirada de la bella nórdica—. Papá está muy cansado, muy abatido... pero nada más. Por eso se niega ver a la gente.

—¡Y a mí!

—Oh, Héctor, querido, le verás más tarde, si insistes. Ahora me ha pedido que lo dejen descansar. Y yo...

—¡Sonia, yo... yo necesité sólo un momento para percatarme! ¡Para darme cuenta de que él...!

Se detuvo como sobrecogido. Sus ojos tenían una expresión rara al fijarse en Sonia.

—Para advertir ¿qué, Héctor? —indagó ella, suavemente, con aire perplejo.

—¡Dios mío...! —Héctor Zaar, muy pálido, retrocedió unos pasos, sin desviar sus ojos de Sonia—. ¡Dios mío...! ¡Esto... esto es como una pesadilla!

—Vamos, Héctor, mi vida —suplicó Sonia, acercándose a él—. Algo te ha excitado, te ha puesto nervioso... Debes calmarte. Todo está bien, ¿por qué has de preocuparte ahora por nada?

—Sonia, Sonia... ¡TÚ NO ERES SONIA! —gritó roncamente Héctor Zaar, convulso, dando otro paso atrás. La miró con gesto descompuesto—. ¡Cielos! ¿Pero qué es lo que sucede aquí?

Ken y yo no entendíamos nada en todo aquello. Sonia Nielson parecía estar en nuestra misma situación. Contemplaba a Héctor Zaar con aire confuso, incrédulo. Luego, su voz educada, suave, tuvo matices de dolor, de conmiseración tal vez:

—Vamos, querido. Sin duda te encuentras mal. Estás enfermo, agotado, no sé... Será mejor que volvamos a casa... O entrar a reunirnos con papá... si tanto insistes...

—¡No! —rugió Héctor, extendiendo sus manos—. ¡No te acerques, quienquiera que seas! ¡Lo que quiero es saber lo que sucede! ¿Dónde está Argos Nielson? ¿Dónde está la verdadera Sonia, mi esposa? ¿Dónde?...

Echó a correr y desapareció, dando un portazo tan violento que hizo saltar las vidrieras del hotel. Se agrietaron los paneles de cristal, y un empleado corrió apresuradamente, gesticulando. Varios huéspedes del Beach Palace se acercaron a curiosear.

—Disculpen —dijo Sonia rápidamente, dirigiéndose a nosotros. Se volvió al empleado del hotel y le retuvo con gesto rápido—. No escandalice. Yo le abonaré los desperfectos. Diga al señor Bauer que iré a su despacho y le entregaré un cheque por su importe.

—Oh, sí, señora Zaar... Sí, naturalmente —el empleado asintió con rapidez, inclinándose ante ella—. No ha sido nada, se lo aseguro.

Sonia Nielson sonrió con una luz de amargura en sus ojos. Se fue de nuestro lado, con una inclinación de cabeza, sin añadir más. Ken se quedó de una pieza, contemplando su figura escultural, que se alejaba cimbreándose armoniosamente.

—Bueno, ¿qué me dices de todo esto? —resopló luego, mirándome—. ¿Entiendes algo de todo este lío?

Yo no le contesté. Me acerqué al empleado del hotel y le toqué en el hombro. El tipo se volvió. Al ver que era una mujer, y gustarle mi aspecto, sonrió, con gesto obsequioso.

—¿Puedo atenderle en algo, señorita? —demandó.

—Sí. Me gustaría saber quién es esa dama...

—¿Esa dama? Oh, pues, naturalmente, Sonia Nielson, la esposa del capitán Zaar... e hija del profesor Nielson. Todo el mundo la conoce aquí.

—¿Está seguro de que es ella? —insistí.

—¿Seguro? ¡Cielos, por supuesto! —exclamó el empleado, atónito.

—En cambio, su propio marido no parecía tan seguro.

—¿Eh? —tartajeó el hombre.

—El capitán Zaar dijo que ella... ella no era su mujer —apuntó Ken,

solemne.

—¿El capitán? —el empleado pareció comprender algo de aquel enredo inexplicable—. Oh, ya veo...

—Nosotros, no.

—Seguramente ignoran la verdad sobre el capitán Zaar, ¿verdad?

—¿Qué verdad? —se interesó Ken, quitándome la frase de la boca.

—Que el capitán Héctor Zaar... ha salido recientemente de una clínica de enfermos mentales. Y que, al parecer, no está curado del todo... y ve cosas raras. Los médicos dicen que será preciso darle la baja de la Milicia del Espacio... y seguramente tendrán que recluirle de nuevo...

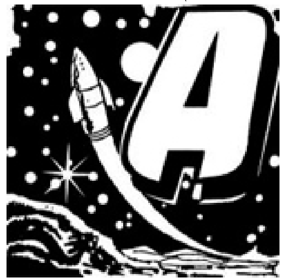
Ken Sky y yo nos miramos.

Sí, ahora todo estaba claro. Demasiado claro...

CAPÍTULO IV

¿PSICOSIS?

(De las crónicas de la época. «News Digest» 2.009)



raíz de los sucesos que los periodistas Ken Sky y Alma Gart relatan en sus «Diarios» Héctor Zaar, capitán de la Guardia Internacional del Espacio, Escuadra Doce de «Servicios Especiales», fue arrestado e internado a las veinticuatro horas.

En realidad, el capitán Zaar, hombre que sufrió años atrás de una serie de ataques de «demencia espacial», al parecer totalmente curados, tras su vuelo accidentado y terrible a Júpiter, donde viviera tremendos peligros sin la debida protección física contra la acción de tóxicos atmosféricos del planeta Júpiter, parecía estar totalmente repuesto de tales males.

Sin embargo, el informe de la Comisión Médica reunida en consulta urgente para estudiar su caso, examinar los encéfalogramas y comprobar el curso de su función mental por el controlador psíquico, fue totalmente negativo.

Así, a pesar de sus vivas protestas, a pesar de cuanto Héctor Zaar gritó y se esforzó para convencer al Tribunal Médico de su consciencia y normalidad absolutas, y de su seguridad de que ni el profesor Nielson ni su hija Sonia, su propia esposa, eran los que parecían, fue enviado a un establecimiento de enfermos mentales, bajo la especial atención del doctor Archibald Traver.

El diagnóstico definitivo era muy concreto. Y muy desolador. Tanto para el capitán Héctor Zaar, joven, arrogante y valeroso oficial de la Guardia Internacional del Espacio, como para todos aquellos que pudieran considerarse sus amigos o sus allegados.

«DEMENCIA TRANSITORIA. PSICOSIS DE RECELO Y SOSPECHA. POSIBLE MANÍA PERSECUTORIA E IMAGINACIÓN DE PELIGROS INEXISTENTES».

Cualquiera de estas tres cosas hubiera bastado para recluirle. La unión de los tres era una garantía de que Héctor Zaar no saldría en muchos años de aquella reclusión forzada, que él aceptó con gritos de rebeldía y promesas violentas de fuga.

Rebeldía y promesas que, tanto él como los médicos del centro psiquiátrico oficial, sabían perfectamente lo difíciles que resultarían de cumplir...

* * *

—¿A quién vienen a visitar, por favor?

—Al capitán Zaar.

—¿Héctor Zaar?

—Sí, a él...

El enfermero Korw asintió y luego selló la tarjeta de visita oficial. Después, pulsó el resorte del televisófono interior e informó por el micrófono:

—Visitas para el capital Zaar. Pase autorizado a nombre de los periodistas Alma Gart y Ken Sky...

Por el auricular del televisófono, llegó momentos después la respuesta:

—Autorizado el pase. Condúzcales a la Cámara 136.

El empleado cerró el televisófono. Alzó la cabeza y contempló a sus visitantes.

—Sigan ese corredor —señaló un pasillo de suelo móvil, deslizante por sistema automático—. Al final, otro enfermero les llevará a la Cámara 136, la del capitán Zaar.

Ken Sky y Alma Gart asintieron. El corredor automático les dejó en presencia del enfermero citado. Y éste les llevó a la Cámara número 136, destinada al paciente a quién iban a ver.

Al abrir la puerta y penetrar en la estancia, vieron que Zaar no estaba solo. Una mujer rubia, alta, giró la cabeza y les miró.

—Oh, a ustedes les conozco —manifestó con voz algo fría—. ¿No son los que...?

—Los que la vimos en Beach Palace —Alma sonrió—. Cierto, señora Zaar. ¿O debo llamarla señorita Nielson?

—No, no. Soy aún la señora Zaar —sostuvo Sonia—. Y lo seré hasta el fin, sea cual sea. Yo debo continuar siendo la esposa de Héctor, no quiero pedir la separación legal, basándome en motivos clínicos, como marca la ley.

—Es un detalle digno de tener en cuenta —aprobó Ken Sky, algo confuso.

—¡Ella miente! —jadeó una voz extraña, ronca, desde el fondo de la sala —. ¡Ella miente desde aquel día! ¡Desde que salió de ver al falso profesor Nielson!... ¡Porque ella tampoco es Sonia Nielson!...

Ken y Alma miraron. Héctor Zaar no parecía el mismo arrogante militar que vieran en Beach Palace. Era como un fantasma de sí mismo, recluido en un lecho, en el que unas anchas bandas plastometálicas le sujetaban fuertemente, imposibilitando sus movimientos.

—Espero que sepan disculpar esta molesta situación —suspiró Sonia, volviéndose a ambos con expresión acongojada, lágrimas en sus claros ojos y un mohín dolorido en sus carnosos labios—. Mi pobre Héctor...! Ya antes de aquel día dejó de ser normal... Podríamos decir, siguiendo la obsesión de su

psicosis, que él dejó entonces de ser quién era. El hombre arrogante, inteligente, claro y vivaz... Mi pobre Héctor. Perdido... Perdido quizá para siempre...

Ocultó el rostro en un pañuelo y sollozó amargamente.

—No sea tan pesimista —apuntó Ken—. La Ciencia ha progresado mucho en el estudio del ser humano. La mente del hombre no es una excepción...

—Si ello fuera posible... ¡Dios mío, pobre Héctor! —musitó Sonia Nielson —. No hace sino hablar atrocidades, ver enemigos por doquier... ¿No es terriblemente doloroso ver que incluso a su propia mujer, a la que más amó, la acusa de tremendas maldades, de horribles e inconcebibles cosas, como esa extraña obsesión de que yo no soy la que parezco, ni mi padre tampoco?

—La comprendo bien, señora —Alma rodeó sus hombros, afectuosamente —. Hemos venido porque su esposo nos habló aquel día, con tal convicción, que llegó a persuadirnos de que realmente sucedía algo asombroso... Luego, al conocer la verdad, hemos sentido una profunda pena... y acudimos a verle aquí.

—Pero ustedes son periodistas. Publicarán este horror, este infortunio...

—No. No publicaremos nada —prometió Ken serenamente—. Alma y yo somos periodistas. Pero también seres humanos. Quizá al público le gusten cosas así. Pero a nosotros no nos gusta dárselas. Hemos venido como amigos, no como profesionales.

—Gracias... —Sonia Nielson enjugó el llanto de sus ojos. Se inclinó sobre Alma, y la abrazó con calor. Luego, depositó un beso en la rolliza mejilla del sorprendido Ken Sky—. Gracias a los dos...

Salió, con la voz quebrada por los sollozos. Se alejó por el corredor. Ken y Alma se miraron. El obeso reportero se tocó el rostro, todavía perplejo.

—Diablo, Alma... Me besó esa chica... Bueno, me besó la señora Zaar...

—Ya lo vi —rió Alma. Luego avanzó hacia el lecho donde yacía el capitán Héctor Zaar—. Pero no hemos venido a eso, Ken. Veamos a nuestro amigo...

—No debimos venir. Esto es... es deplorable todo, Alma. Y deprimente.

Estaban ya ante Héctor Zaar. Parecía dormido, inmóvil, lejano. Pero Alma descubrió que les miraba. Sus ojos, de soslayo, estaban fijos en ellos. El resto del cuerpo, incluso del rostro del enfermo, no tenía la menor movilidad.

—Deprimente... —Alma mantuvo la mirada fija en el militar—. Tal vez, Ken. Pero quería ver a este hombre de nuevo. Saber... saber lo que sucede.

—Y sé lo que sucede —dijo, como un eco lejano, la voz cansada de Héctor Zaar—. Nadie más, señorita Gart.

—¿Me reconoce?

—Sí. A usted... y a su amigo el señor Sky. Son los periodistas de Beach Palace.

—Su memoria es buena. Su consciencia también.

—¿Lo sé. No se esfuerce en animarme. Soy un hombre normal, señorita Gart. Como ustedes, como cualquiera.

—Pero esa obsesión que sufre...

—No es obsesión —movió la cabeza despacio—. No quiero ya gritar, ni protestar, ni decir nada. Por eso estoy aquí. Encerrado para toda la vida tal vez... Pero yo tengo razón. Yo sé lo que dije, entiéndanlo.

—¿Insiste en asegurar que esa mujer que ha salido no es Sonia Nielson? ¿Ni su padre el auténtico profesor Argos?

—Es la única verdad. Lo aseguraría mil veces. Pero nadie me va a escuchar y menos a creer. Soy un loco. Como tal seré considerado.

—Usted sufrió un ataque de demencia espacial. Eso suele dejar residuos graves.

—¡No a mí! —la cabeza del oficia! se agitó unos instantes entre las ligaduras plastometálicas que le retenían a su lecho—. ¡Yo estoy bien, me siento perfectamente sano!

—Los médicos no dicen eso —afirmó Ken.

—Los médicos se equivocan. No es la primera vez en la historia del mundo.

—No, claro —admitió Sky, rascándose la cabeza, perplejo—. Pero, lógicamente, ellos han de tener razón. Lo que usted afirma es... es...

—Grotesco, ¿no? Dígalo.

—Es absurdo, grotesco, imposible... Todo lo que quiera, capitán Zaar.

—Sí, es cierto —de repente, los ojos de Zaar se clavaron en Alma. Esta enarcó las cejas ante la intensidad de la mirada, ante su rara luz—. Sí, ustedes tienen razón. No debieron venir. Es absurdo todo. No creí estar tan loco, es la verdad. Veo que me equivoqué. No me hagan caso.

—¿Qué dice, capitán? —pidió Alma—. ¿Habla en serio ahora?

—Yo nunca hablo en serio —rió agudamente—. Gracias por la visita, muchachos. Y ahora... váyanse.

Ken reflejó su sorpresa, su extrañeza. Cambió una rápida ojeada con Alma.

—No lo entiendo, Alma —dijo—. Cada vez lo entiendo menos.

—Capitán Zaar —habló ella, sin responder a su colega—. ¿Qué le sucede? ¿Por qué dice ahora eso? ¿Por qué niega? ¿Por qué se desdice? ¿Quiere burlarse de nosotros?

—No. No me burlo. Sólo que he recobrado la razón. A veces, momentáneamente, razono. Por favor, no me crean. Todo era absurdo, estúpido. Seguiré diciendo quizá estupideces. Nunca me hagan caso, por favor. Yo... yo ni siquiera sé lo que hablo. Soy... un demente... ¡Salgan, salgan de aquí, enseguida!

Soltó una seca, agria e hiriente carcajada. Y luego giró la cabeza y se volvió de cara a la pared. Su risa siguió sonando, ronca y violenta, casi espasmódica.

Ken Sky se dispuso a preguntarle algo. No llegó a hacerlo. Alma le oprimió un brazo. Indicó con voz profunda:

—Vamos, Ken. Es mejor salir de aquí... Deja al capitán...

Sky gruñó algo entre dientes. A disgusto, siguió a su colega femenina al exterior de la sala... Ya en el corredor, mientras se cerraba la puerta de la

Cámara 133 de la Clínica Psiquiátrica, se revolvió.

—Pero, Alma, me gustaría saber por qué diablos...

—Ya le oíste. Confesó su demencia. ¿Para qué quieres saber más, Ken?

—Diablo, me pareció demasiado fácil. Preferiría que hubiera negado, que hubiese sostenido que realmente decía la verdad. Es como hablan los locos. Pero esa afirmación, esa convicción, quitando valor a sus palabras...

—¿Qué te ocurre, Ken? ¿No estabas convencido de que el capitán Zaar está loco? —dijo Alma con voz tensa.

—Sí. Estaba convencido... —se rascó la cabeza—. Bueno, tal vez sea un grandísimo tonto por decir esto. Pero ahora... ahora... no lo estoy tanto.

—Ken, ¿quieres decir que...?

—No quiero decir nada. No me preguntes nada. Es absurdo que yo diga eso. Pero es lo que siento. Sin explicaciones, sin razonamientos.

—No te preguntaré nada. Sólo quería saber lo que pensabas.

—¿Por qué, Alma?

—Porque yo... yo sentí lo mismo que tú al oír al capitán. Fue algo raro, Ken. Fue como si él... advirtiera de repente que tratar de convencernos era peligroso.

—¿Peligroso? —Ken parpadeó.

—Sí. Peligroso para nosotros. Y ha cambiado rápidamente. Y ha pretendido disuadirnos de ello. Rabiosa, desesperadamente...

—Alma, no entiendo...

—Yo tampoco. Pero el capitán Zaar ha visto algún peligro de repente. Un peligro que podría existir realmente... si nosotros creyéramos que el capitán dijo la verdad y supiéramos que no está loco...

* * *

—... Si creyéramos que el capitán dijo la verdad y supiéramos que no está loco. Es... ¡es un disparate!

Sí. Era un disparate. Alma Gart lo sabía. No quería pensar en ello.

Y, sin embargo, continuaba pensando. Pensando sin descanso. Hasta el punto de que había tardado tres o cuatro horas en conciliar el sueño. Un sueño inquieto, nervioso, del que despertó varias veces con la piel fría, húmeda por la transpiración, y el corazón latiéndole agitadamente, igual que una cabalgadura desbocada.

Se incorporó la tercera vez que despertara brusca y desagradablemente, viéndose lanzada en sueños a un abismo negro, en cuyo fondo el rostro de Sonia Nielson reía y reía, hasta diluirse y tomar una forma distinta, la faz de una fantástica bruja de verde piel, que por fin se desintegraba en un humo acre, asfixiante, al cual ella caía, envuelta inexorablemente...

En aquel momento despertó, sintiendo la voz lejana y remota de Héctor Zaar:

—Despierte, despierte, salga de ahí, Alma. Venga conmigo, aléjese de

ella...

Se tranquilizó en la oscuridad de su alcoba, respirando agitadamente, sentada sobre el blando y esponjoso lecho. Presionó el resorte de la luz y una claridad color naranja, sedante y acogedora, se extendió por su cámara.

—Soy una tonta —se dijo la joven periodista—. ¿Por qué he de dejarme influenciar por las afirmaciones de un loco y por las sospechas de Ken Sky? ¡Todo eso no son más que simples imaginaciones!...

Saltó de la cama y cubrió su figura escultural con una bata translúcida, que anudó descuidadamente a su cintura. Se movió rápidamente hasta el mueble-bar y sacó una botella de licor azul, del cual se sirvió un poco, con soda. Al apurarlo, se sintió más serena.

Encendió después un cigarrillo y se asomó al ventanal. Contempló la gran ciudad en la noche. Un mar radiante de luces y parpadeos multicolores, bajo la noche estrellada y tibia.

Sonrió. Era demasiado imaginativa a veces. La visita al capitán Zaar la había impresionado. Ken contribuyó a ello con sus recelos. Y ella, con su imaginación, hizo el resto.

Aquello no podía ser. Sonia era Sonia realmente. Y su padre, el profesor Nielson, el auténtico sabio de los vuelos científicos al espacio. ¿Por qué había de ser de otro modo? Y el capitán, el arrogante capitán Héctor Zaar, un antiguo enfermo de demencia espacial... veía alucinaciones, estaba trastornado. Acaso los médicos terminaran por curarle.

Sus raros cambios, sus reacciones desconcertantes ¿no respondían a cualquier especie de caso clínico? Evidentemente, así era. Ella, Alma Gart, era una mujer serena, inteligente, sensible. No debía permitir que su imaginación le jugara malas pasadas.

Recorrió de nuevo el camino hacia su lecho. No era demasiado tarde. Mucha gente no se había retirado aún a dormir. Pero ella quería levantarse pronto al otro día, para realizar algunas gestiones acerca del caso Zaar. Ahora todo esto le parecía estúpido e inútil. Pero aun así, lo haría. Y procuraría que ni Sonia ni su padre se enterasen de ello.

De aquello esperaba obtener las pruebas definitivas de que Héctor Zaar no era sino un enfermo mental. Y eso cerraría definitivamente el asunto, en lo que a Alma Gart y Ken Sky concernía...

El sobresalto fue muy grande cuando se despojó de la bata para meterse de nuevo en el lecho tibio. El zumbido del televisófono situado en su mesilla tuvo esa virtud, por lo inesperado de llamada en plena noche, que arrancó a Alma de ideas y pensamientos que distaban mucho de ser tranquilizadores, como tampoco lo habían sido sus sueños.

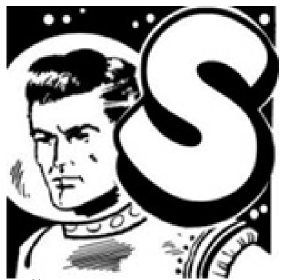
Zumbó de nuevo el televisófono. Alma extendió la mano. Sus dedos de uñas esmaltadas de oro plástico alzaron el micrófono. En la caja del auricular se iluminó la pequeña pantallita televisora. Alma contuvo una exclamación y controló sus gestos, pues sabía que igual que ella veía, era vista.

¡Su interlocutora... era Sonia Nielson, la esposa del capitán Zaar!

CAPÍTULO V

ENTREVISTA

(Continúan las crónicas del «News Digest»,
Año 2009, Edición del Planeta Tierra.)



EÑORITA Gart, buenas noches.

—Buenas noches —respondió Alma serenamente, al saludo de la hija del profesor Nielson.

—¿Sorprendida?

—Un poco.

—¿Me recuerda?

—Por supuesto. Señora Zaar, de soltera Sonia Nielson —Alma sonrió, en guardia, con la mirada fija en la pantalla.

—La felicito. Tiene buena memoria.

—Usted no es fácil de olvidar. ¿Desea algo de mí?

—Por supuesto. Veo que la he levantado de la cama.

—Oh, no, yo me había levantado ya antes. No me causa extorsión.

—Lo celebro. ¿Sufre insomnio?

—Sí, un poco... —se mordió el labio inferior.

No debía haber dicho eso. No sabía por qué, pero no debía haber demostrado inquietud alguna a su interlocutora.

Ella sonreía, sin dar importancia al hecho. Habló volublemente, como cualquier mujer en circunstancias normales:

—Bueno, eso nos sucede a todo el mundo. Nuestra época está llena de preocupaciones y quebraderos de cabeza, señorita Gart. Busqué su número en la guía televisófona. Disculpe la hora intempestiva de mi llamada. Pero me urgía hablar con usted.

—¿Sí?

—Quiero verla mañana, señorita Gart. ¿Le será posible?

—Tal vez sí. No puedo garantizárselo, porque mi profesión es...

—Se refiere con su profesión, señorita Gart —atajó ella—. Tal vez pueda proporcionarle una noticia realmente sensacional, en exclusiva.

—¿De veras?

—Sí, es posible que sí.

—¿Por qué precisamente a mí?

—Oh, bueno, recuerdo que la he visto ya en dos ocasiones. En Beach Palace, cuando Héctor sufrió el ataque primero, después del viaje de papá al espacio. Y después en la clínica psicomental en que Héctor se halla recluido ahora. Me gustaría hablarle de algo relacionado con mi esposo... Algo que puede ser muy importante. Y que no he sabido hasta hace unos momentos. No sé por qué, pero confío en usted. Quizá porque es mujer, o tal vez porque al perder a Héctor he perdido la confianza en todos los demás.

—Bien. Haré lo posible por ir a verla.

—Sí, gracias. Y no diga a nadie nada de nuestra entrevista. Será mejor así.

—Está bien. ¿No podría adelantarme ahora algo sobre...?

—No. Rotundamente, no. Sería muy peligroso, compréndalo.

—¿Peligroso? ¿Para quién, señora Zaar?

—Para mí, para usted... para Héctor. Quizá para todos.

—Me inquieta usted.

—No me haga demasiado caso —Sonia sonrió, con aire preocupado—. Tal vez me excedo en mis temores. Pero, ciertamente, no me disgustaría equivocarme. ¿Hasta mañana?

—Hasta mañana. ¿Dónde y cuándo nos veremos?

—En mi residencia, a las once de la mañana. ¿Le será factible esa hora?

—Sí, creo que sí. Su residencia está en...

—Florida Way, Nivel Tres. No falte, señorita Gart. Confío en usted.

—No faltaré. Hasta mañana, señora Zaar.

Colgó. La imagen rubia de la nórdica se borró de la pantallita fluorescente.

Alma Gart se quedó pensativa, silenciosa. Rápidamente, alzó de nuevo el emisor y marcó en la hilera de botones magnéticos las cifras y letras de Ken Sky.

El aparato zumbó varias veces. Sobre la pantalla apareció un rótulo en cifras rojas.

«ABONADO AUSENTE», decía el indicador automático. Y Alma colgó con un suspiro. Ken Sky era un noctámbulo. O quizás andaba metido en algún reportaje. Pero lamentaba no poderse comunicar con él. Aquella cita con Sonia Nielson la había preocupado muchísimo.

Se acostó. Esta vez las preocupaciones no lograron disipar su sueño. Se durmió profundamente.

* * *

Florida Way, Nivel Tres.

Allí estaba: «Residencia Nielson. Acceso Privado».

Alma Gart abonó la carrera del turbotaxi que la condujo hasta allí. Estudió el lugar de estructura ultramoderna, rica en vidrieras, compactos plásticos y alamedas de vegetación artificial, sometidas a la acción de lámparas de luz

solar concentrada.

Allí no podía ocultarse nada peligroso ni extraño. Era un lugar lleno de claridad, de color, de alegría. La mañana era radiante, cálida y amable. Todo invitaba a respirar, a gozar del sereno cielo, del aroma de las flores, algunas de ellas ejemplares exóticos, fantásticos, de coloración irisada, traídos de lejanos mundos, y por ello altamente costosos. Las «rosas azules» de Marte y las «orquídeas verdes» de Venus estaban entre los ejemplares más valiosos del jardín artificial de los Nielson, junto a «gardenias rayadas», oro y negro, de la vegetación de Saturno.

Ante aquel espectáculo Alma Gart sintió disiparse sus últimos recelos. Nada de residencias lúgubres, ni ambientes fantasmales. Luz, calor, vida. Casi se reprochó sus temores y congojas, su afán en llamar de nuevo a su amigo Ken, dos veces más durante la mañana, antes de emprender la marcha hacia allí.

Tampoco había encontrado a Ken en casa, pero lo cierto es que ahora le importaba poco. Florida Way era un lugar céntrico de la ciudad, y la mañana era esplendorosa. Los ventanales de la residencia de los Nielson aparecían abiertos de par en par, para que entrara la luz solar y el aire tenue del día. Todo, bajo aquel prisma luminoso, perdía su aire misterioso y mostraba la auténtica dimensión real que nunca debiera haber perdido. Tanto ella como Ken habían pecado de excesiva imaginación al crear en sus mentes auténticos castillos de dudas, recelos y sospechas tenebrosas.

Una bella y escultural doncella le abrió la puerta del gran jardín de la residencia. Alma sonrió, al contemplar sus contoneos. Se dijo que Ken hubiera sido feliz allí.

La doncella de rojo uniforme la condujo a un amplio y encristalado salón, cuya puerta cerró, no sin indicarle antes:

—Espere unos momentos, por favor. La señora está en el invernadero de plantas de Júpiter, recién traídas por el profesor Nielson de su viaje al espacio. Ahora vendrá. Me indicó que la esperase, si llegaba antes de terminar ella su tarea de aclimatación de las plantas.

Alma asintió y tomó asiento en un largo diván rojo, frente al ventanal asomado a las plantas multicolores del jardín externo. El mobiliario era ultramoderno, estilizado, pero confortable. Los muros, de un tono gris plata, y el suelo, de un negro espejeante, sobre el que se reflejaban las figuras como en una luna.

Taconeó, impaciente. Encendió un cigarrillo y luego paseó su mirada en torno, con aire pensativo.

Un robot de servicio invitaba con un rótulo fluorescente, en un rincón de la sala: «PIDA LO QUE MÁS LE GUSTE. YO LE SIRVO».

Alma tenía sed. Se incorporó. Pulsó el resorte de zumos frutales. El robot le sirvió un vaso de zumo rosado, espumoso y frío, que Alma tomó con fruición. Regresó luego al asiento, haciendo taconear sus zapatos plateados sobre el suelo de negro espejo cristalino.

Una puerta se deslizó suavemente al fondo y apareció una figura alta, rubia, vestida de verde brillante.

—Buenos días, querida señorita Gart —saludó Sonia Nielson—. Disculpe la espera...

Venía despojándose de unos guantes de plástico, especiales para jardineros y llevaba en una mano un tarro de cristal en cuyo interior aparecían diversas semillas, sobre un fondo de tierra grisácea.

—Hola —respondió Alma—. ¿La hice interrumpir el trabajo?

—No, no. Estaba aclimatando semillas de Júpiter al suelo terrestre —explicó ella sonriendo. Señaló el tarro—. Papá ha traído solamente una muestra de tierra jupiteriana. Ahí, toda planta de Júpiter crece y se desarrolla. Yo estudio la aclimatación a nuestro mundo, como en las demás.

—¿La floricultura es tu especialidad?

—Floricultura espacial —asintió Sonia, de buen humor. Dejó el tarro sobre un mueble. Junto a él, los guantes y una especie de jeringuilla, que señaló con gesto risueño—. Eso es el jugo extraído del polen de las flores, concentrado a altas temperaturas y dosis, para dar fuerza a los ejemplares de la flora interplanetaria. Así se logra que unos cultivos duren y prosperen en nuestro mundo, en condiciones diametralmente opuestas a las suyas originales... aunque no siempre sucede. Entonces las que no se adaptan se agostan y mueren en pocas horas.

—Entiendo, aunque soy una profana —sonrió Alma—. Debe de ser una materia fascinante, ¿no es cierto?

—Fascinante por completo —asintió Sonia—. Otro día la enseñaré el invernadero. No lo ve mucha gente, porque las flores requieren un mínimo contacto con el exterior durante el período de adaptación. Pero no ha venido para hablar de eso, señorita Gart.

—Me estoy preguntando toda la mañana qué es lo que he venido a hacer aquí —dijo Alma Gart serenamente.

—Y yo se lo voy a decir enseguida.

Sonia dio unos pasos y llegó hasta el robot-servidor. Apretó el botón y le fue servido un combinado frío.

—¿Quiere usted algo, señorita Gart? —ofreció.

—No, gracias. Ya me serví yo misma.

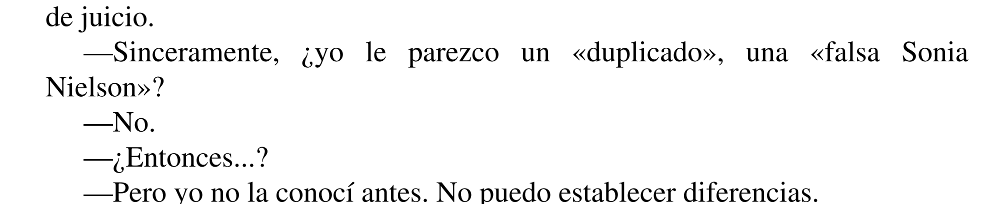
—Magnifico —volvió hasta ella, risueña, con el combinado en su mano. Le señaló un asiento—. Por favor, acomódese. Posiblemente hayamos de charlar un largo rato.

Alma obedeció. Seguía habiendo una luz radiante allí, un sol espléndido, un aire cálido y luminoso. Sin embargo, «algo» no era como antes. La joven periodista se dijo que su imaginación volvía a jugarle malas pasadas.

—La escucho —habló Alma, tras dejar que Sonia probase su alto vaso de combinado—. ¿Sigue pensando que hay algo grave que yo deba saber?

—Sí. Sigo pensándolo —respondió la hija del profesor Nielson, mirándola pensativamente.

—¿Acerca de qué?
—Mejor acerca de quién, señorita Gart.
—Bien. ¿Acerca de quién?
—De mi marido. Y de mi padre. Y acerca de mí también. Quizá de usted, incluso...
—¿De... mí? —Alma se removió, inquieta—. Cada vez lo entiendo menos, señora Zaar.
—Usted sabe lo que mi marido asegura. Dice a todo el mundo que yo... que yo no soy su esposa. También dice que mi padre... no es el profesor Nielson.
—Lo recuerdo bien.
—Y usted ¿qué cree?
—Le confieso que al principio me preocupó. Después supe que su marido estuvo enfermo mentalmente... y creí comprenderlo mejor.
—¿Creyó solamente?
—La verdad, sí. Cuando visité a su marido, él cambió de actitud. Afirmó que está loco. Y que todo ha sido pura imaginación suya, tonterías de un demente.
—¿Eso dijo él?
—Sí, eso dijo.
—Y ¿qué ha pensado usted entonces?
—Sinceramente, es cuando menos he creído en lo que decía. Era... era como si tuviera miedo de seguir diciendo lo que a todos nos parecía una chifladura insensata.
—Ya. ¿Sigue pensando eso, señorita Gart?
—No sé qué pensar —hizo un gesto con las manos, ampliamente—. Me siento confusa, aturdida. Espero que tal vez usted logre darme algo de luz, una idea más clara y concreta de todo. Con esa esperanza he venido.
—Bueno, tal vez sí le ayude a ver claro —sonrió Sonia Nielson—. Usted es una muchacha muy inteligente. Y, además, tiene imaginación. Hace falta mucha imaginación para creer lo que cuenta Héctor.
—En una era en que es posible alcanzar Saturno y Júpiter y regresar, creo que la imaginación es casi un adorno. Las cosas más improbables pueden ser ciertas.
—¿Incluso que mi padre, el profesor Nielson y yo misma, la esposa de Héctor Zaar, no seamos los que parecemos? —rió ella, desdeñosa.
—Incluso eso.
—¿Cómo lo explicaría, usted fríamente, si ese fenómeno que cita fuese posible?
—No sé. Quizá con unas contrafiguras casi iguales. Eso es improbable cuando los casos de suplantación se repiten —Alma Gart, valiente y resuelta, miraba con fijeza a Sonia—. Por tanto, desecharía esa posibilidad.
—Y ¿cuál tomaría entonces?
—No lo sé. Ya le digo que todo es muy confuso. Y carezco de elementos



de juicio.

—Sinceramente, ¿yo le parezco un «duplicado», una «falsa Sonia Nielson»?

—No.

—¿Entonces...?

—Pero yo no la conocí antes. No puedo establecer diferencias.

—Y Héctor, sí... —Sonia suspiró, se incorporó y dejó el vaso vacío de combinado, junto al tarro de semillas interplanetarias, los guantes y la jeringuilla de suero floral—. De acuerdo. Razona usted con fría lógica, al margen de la verosimilitud del caso. Y eso es peligroso.

—¿Peligroso?

—Sí. Puede llevarle demasiado lejos.

—¿Adónde?

—Supongamos que... aquí.

—¿Aquí? —Alma miró en torno. Estudió fríamente a Sonia—. ¿A... su propia casa, quiere decir?

—Exactamente, señorita Gart —suspiró Sonia Nielson—. Yo... yo no tengo ya mucho que hablar con usted. Solamente puedo decirle algo. Algo que le dará luz sobre el caso. Pero que también implicará un peligro para usted.

—¿Qué clase de peligro?

—Ah... —Sonia se encogió de hombros—. Quizá no lo creería si se lo dijese. Como tampoco creerá que yo... que yo no soy Sonia Nielson, ni mi padre el profesor Nielson. Es decir, el capitán Zaar tiene razón. ¿Verdad que no me cree si le digo eso?

—Sí. La creo... —Alma, muy pálida, empezó a incorporarse. Todo había dejado de ser luminoso y alegre. Había algo ominoso, «algo» siniestro en el ambiente, muy cerca de ella, que la amenazaba de forma invisible—. La creo... aunque le parezca extraño.

—Me lo temía —musitó la hermosa rubia—. Se lo advertí, señorita Gart. Eso era peligroso. Muy peligroso... para usted.

CAPÍTULO VI

INCÓGNITAS

(De las crónicas de «News Digest», Año 2009)



KY descargó un golpe sobre la mesa bruñida, metálica.

—¡Tiene que aparecer! ¡No se la puede haber tragado la tierra, por los diablos!

El comandante Talbot, de la Policía Metropolitana, enarcó las cejas, irritado.

Contempló a Ken con cara de pocos amigos.

—Escuche, Sky. No me venga con imposiciones escandalosas. Estamos haciendo todo lo necesario para dar con el paradero de la chica. ¿Quiere complicarme más la vida, por todos los diablos?

—Quiero que ella aparezca. Y que se agoten los recursos para que sea pronto. Puede estar en peligro.

—Y ¿qué clase de peligro, amigo mío?

—No... no sé —jadeó Ken. Se pasó una mano nerviosa por la mandíbula —. Daría algo por saberlo, comandante.

—Escuche, ¿por qué no se vuelve a su periódico, se dedica a las noticias, que son lo suyo, y deja la investigación policial a este Departamento, que también es lo nuestro?

—Yo estoy seguro de que Alma estaba bien esta mañana. Ella me telefoneó varias veces a casa.

—¿Cómo puede saber que las llamadas procedían de ella? Su aparato, lo único que registra, es «llamadas durante la ausencia del abonado». Pero nada más.

—No sé, comandante. Es simple instinto. Algo me dice que era ella. Y no me pregunte por qué estoy tan seguro de ello.

—No le preguntaré nada, Sky. Sólo le diré una cosa: ¡lárguese!

—Comandante, ella es una muchacha muy bonita. Es audaz en su actividad profesional. Puede haberse metido en un buen lío, con «gangsters» o algo así, y...

—¿Otra vez? —se exasperó el comandante Talbot—. ¿Cuándo cerrará el pico de una vez, maldito sea? No sé cómo puede engordar tanto, perdiendo

sus energías en parlotear todo el día...

Ken Sky, malhumorado, se encaminó a la salida de las oficinas policiales. La desaparición de Alma Gart había sido denunciada por el periódico, en primer lugar. Después el restaurante habitual donde ella hacía sus comidas confirmó que no había aparecido. Su nombre no estaba inscrito en viaje alguno, terrestre, marítimo o aéreo, en las últimas horas. Por la tarde, tenía una cita urgente con la Mundial-Visión, para una serie de crónicas televisadas sobre los fenómenos planetarios y su influencia en la Tierra. No acudió a ella ni se disculpó, por primera vez en su vida.

Allí empezó a cobrar aspecto alarmante la desaparición de Alma. Se localizó a los heridos y accidentados del día, en diversos centros sanitarios. No estaba Alma entre ellos...

Luego Ken no la vio en la habitual reunión de prensa del Club de Actualidad, en las primeras horas de la noche. Y recordó las tres llamadas registradas en su televisófono durante su ausencia de aquella noche, buscando las noticias en torno a un choque de aerotrenes interurbanos, a pocas millas de allí.

Aquello había colmado la medida. Nadie había visto a Alma Gart, nadie sabía nada de ella... Ken Sky se había alarmado seriamente. Comenzó la búsqueda.

Pero había fracasado. Al parecer, la policía tampoco tuvo mucha mejor suerte. Y por el suceso el comandante Talbot estaba de mal humor.

Ken abrió la puerta de la oficina para salir. En aquel momento sonó la voz del comandante:

—¡Un momento, Sky!

Se detuvo. Giró la cabeza. El comandante de la policía estaba hablando por televisófono con uno de sus subordinados de la Sección de Información. Parecía excitado y todavía con mayor mal humor.

Ken se inquietó. Avanzó rápidamente hacia la mesa del policía.

—¿Sucede algo, comandante? —indagó, nervioso.

Talbot colgó secamente, con un gruñido. Se quedó pensativo, contemplando el aparato de comunicación. Luego alzó la cabeza y miró el pálido rostro de Ken.

—No tema, Sky —avisó bruscamente—. Su apreciada colega Alma no ha aparecido, pero tampoco hay noticias sobre ella, malas ni buenas.

—¿Entonces...?

—Es sobre otra desaparición. Acabo de recibir ahora la noticia.

—¿Otra?

—Sí. Me gustaría saber si, a su juicio, puede estar relacionada una cosa con otra.

—Le escucho, comandante. ¿Quién ha desaparecido ahora?

—Un paciente de una clínica mental del Estado. El capitán Héctor Zaar ha huido de la clínica donde se hallaba recluido. Y nadie logra dar con él. Parece haber desaparecido sin dejar el menor rastro...

* * *

El televisófono llamó una y otra vez. Todo fue inútil. Nadie respondió. Ken Sky, con un suspiro de cansancio, colgó. Era la undécima intentona, con igual resultado negativo.

En la pantalla visora, el rótulo consabido: «ABONADO AUSENTE». Ken se sentía irritado, nervioso.

No respondían los Nielson. Tampoco estaban en su casa. Pero eso no significaba necesariamente que hubieran desaparecido también. Aquella tarde, el profesor Nielson había celebrado una conferencia en el Círculo Científico Nacional. La desarrolló puntualmente. Sonia Nielson había sido vista también, cuando salía de la Casa de Alta Costura de «Lady Luxury», en Park State.

Pero Ken quería ver a uno de ellos, hablar con él, ya fuese personalmente o por televisófono. Ansiaba cambiar impresiones con los Nielson. Primero, desaparecía Alma Gart... y ahora el capitán Zaar.

A juicio de Ken, allí existía algo extraño, algo poco claro, inconcreto y oscuro. Algo quizá siniestro. Recordó, sin querer, lo que Alma dijera al salir de visitar a Zaar:

—*... Un peligro que podría existir realmente... si nosotros creyéramos que el capitán Zaar dice la verdad...*

Pero... ¿pero es que ese peligro existía? Y en ese caso... ¿Zaar dijo la verdad?

Ken Sky no quería admitir tal posibilidad. El obeso y astuto reportero se resistía a pensar que el capitán Héctor Zaar hubiera hablado equilibradamente. ¿Por qué hablar de suplantación de personalidades? Una suplantación que nadie, excepto él, había advertido. Demasiado fantástico. Nielson y su hija eran gente a quién todo el mundo veía y conocía. ¿Cómo admitir que nadie, excepto el propio esposo de Sonia, el joven y arrogante capitán Zaar, había sido capaz de descubrir un detalle sutil, una prueba reveladora de una suplantación increíble y fantástica?

Además... ¿para qué suplantar a los verdaderos? Carecía de objeto, de razón, de fundamento.

Ken Sky condujo su vehículo con mano diestra, desde la cabina de televisófono público, de regreso a su casa. Era ya muy tarde. La madrugada avanzaba, camino de un nuevo amanecer, que no tardaría en teñir de luz azulada el horizonte por el este, y Ken bostezaba, cansado por las pocas horas de sueño reparador que llevaba en los últimos días, y el exceso de trabajo y tensión.

Se detuvo frente al bloque de viviendas bordeadas de cuidados setos y jardincillos multicolores donde residía. Respiró a pleno pulmón el fresco aire de la madrugada. Contempló, desperezándose, el cielo color cobalto, salpicado de astros, de fugaces lucecillas móviles, allí donde las naves interplanetarias o las estaciones y satélites del espacio se cruzaban, formando una trama de luz y de movimientos mecánicos, en el prodigioso trazado de las

rutas del espacio.

—Bendita época —suspiró Ken Sky—. Sería hermosísima si no tuviera uno que vivir tan deprisa, y hacer en un solo día las cosas que nuestros abuelos hacían en diez. ¡Y pensar que la gente creía vivir realmente deprisa, antes de que el primer hombre posara su pie en la Luna...!

Movió la cabeza, pensativo, mientras se encaminaba a su propia vivienda.

Entró como cada noche. Tiró su sombrero de flexofib, su cartera de plastmetal, y su pequeña cámara fotográfica estereoscópica, y tomó asiento cansadamente en una butaca, para ir aflojando los cierres magnéticos de su chaqueta y camisa, antes de tomar el fresco pijama y echarse a dormir en el blando lecho.

Ni siquiera se molestó en encender la luz, haciendo todo lo indicado a la que los astros de la nítida noche llevaban tenuemente al interior de la vivienda de amplios cristales, transparentes desde el interior y espejeantes y opacos para quien pretendiera mirar desde fuera.

Por eso Ken Sky pegó un respingo de varios centímetros en su asiento, y lanzó una imprecación de estupor y alarma, cuando la lámpara mural se encendió de súbito, derramando luz indirecta, tamizada, de un íntimo tono rosáceo, por toda la estancia.

—¿Eh? —aulló—. ¿Qué mil diablos...?

Se detuvo, estupefacto, al clavar los ojos en la figura erguida junto al interruptor de la luz encendida recientemente.

—Buenas noches, Ken —saludó aquella persona, misteriosamente introducida en su casa, y que sin duda había estado aguardándole pacientemente en la oscuridad—. ¿Sorprendido?

—¡Infiernos, claro que sí! —farfulló Ken, enjugándose el sudor, y rehaciéndose lentamente de su estupor—. ¿Cómo... cómo diablos has podido...? ¡Oh, dime! ¿De dónde sales?

Su visitante rió entre dientes, antes de responder con voz firme:

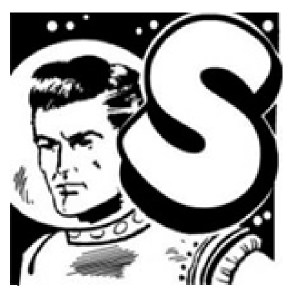
—Parece complicado, pero es sencillísimo de contar, Ken...

Naturalmente, era Alma Gart, su colega desaparecida.

CAPÍTULO VII

DONDE EMPIEZA LO IMPOSIBLE

(«Del Diario de Ken Sky»)



Í, amigos míos.

Era ella, Alma Gart. Estaba allí, ante mí. Sonriente y normal.

Exactamente como si nada hubiera sucedido. Hubiera resultado cómico, de no encontrarme tan perplejo, tan desconcertado. Incluso tan furioso conmigo mismo. Y con ella.

De momento no sé lo que dije. Creo que solté una imprecación, nada apropiada para decir delante de una dama. Aunque esa dama fuese Alma Gart, mi compañera estimada, la muchacha tras la cual ahora andaba toda la Policía Metropolitana, como una jauría de mastines.

Luego, sólo atiné a comentar, algo brusco:

—¡Magnífico papel me has hecho representar, Alma! ¡Toda la policía de la ciudad anda ahora en busca tuya... y tú apareces tranquilamente en mi propia casa, como si volvieses de excursión o de un cóctel de sociedad!

—¿Hay algo malo en ello, Ken? —preguntó, suave, dulcemente, la irónica voz de Alma.

—No. Lo malo es desaparecer, eclipsarse sin dejar rastro. Y no decir a nadie nada de tu ausencia, de tu paradero...

—Bien. El hecho es que ya he vuelto, Ken amigo —Alma sonrió—. ¿No es suficiente eso para desarrugar tu ceño?

—Debiera de serlo. Sin embargo, sigo sin entender por qué hiciste eso, por qué nos has tenido a todos con el alma en vilo...

—Tuve que hacerlo —suspiró Alma Gart—. Eso es todo, Ken. Tú sabes que yo busco la noticia dondequiera que esté. Es mi norma periodística.

—Muy bien. ¿Y dónde estaba, en este caso?

—Secreto profesional —ella rió, de buen humor. Paseó jovialmente por la estancia, bajo la mirada de mal humor que yo le dirigía.

—¡Alma, entre tú y yo sería estúpido que existiera el secreto profesional! ¡Nos lo contamos todo, somos amigos... como hermanos! —protesté, irritado —. ¡Empiezas a enfurecerme con esas tonterías, por todos los diablos!

—Calma, Ken. Te lo suplico —y me dio un suave cachete afectuoso, antes de proseguir el paseo por la habitación—. Estoy detrás de algo realmente sensacional. Algo relacionado con el capitán Héctor Zaar. Espera todavía un poco, y luego te...

—Quizá ignores aún lo que ha sucedido —la avisé, algo hosco—. Es sobre tu amigo, el guapo capitán Zaar.

—¿Zaar? —me miró como a un bicho raro. Enarcó las cejas, perpleja—. ¿Qué puede sucederle a él ahora?

—Se largó.

—¿Eh?

—Se fue, Alma.

—¡No es posible!

—Creo que los médicos y los policías saben tanto como tú o como yo —repliqué—. El oficial ha desaparecido. Se fue de la clínica, sin dejar rastro...

Los ojos de Alma centellearon, excitados. Se mordió el labio inferior y me miró pensativa. La noticia parecía haberle contrariado mucho, y yo todavía ignoraba el motivo de ello.

—¡Es absolutamente preciso que encuentren al capitán! —susurró Alma, inquieta—. ¡Es necesario dar con él, Ken!

—Si quieres, dile eso a la policía. Puedes avisarles desde aquí, para que no se molesten en buscarte y dediquen todos sus esfuerzos a Héctor Zaar.

—¡Oh, Ken, trata de usar tu inteligencia como de costumbre! No adelantaremos nada con eso. La policía nunca encontrará al capitán Zaar.

Parpadeé. Evidentemente, Alma sabía muchas cosas que yo ignoraba.

—¿Cómo lo sabes? —indagué, perplejo.

—No hay tiempo ahora, Ken. Hemos de hacer algo para hallar al capitán Zaar, u ocurrirá un desastre.

—Me gustaría saber qué clase de desastre —rezongué—. Y me gustaría saber de dónde vienes, qué sucede realmente, qué es lo que sabes, y qué es lo que puede pasar si el capitán no aparece.

—Te he dicho que no hay tiempo —me miró fijamente—. Pero te diré solamente esto: el capitán Héctor Zaar es la clave en todo esto. En él empieza y termina nuestro asunto. Lo he sabido hace poco.

—¿Antes o después de llamarme por televisófono, Alma?

Me estudió en silencio. Evidentemente, la fuga de Zaar la había excitado y preocupado notablemente. Tardó un poco en contestarme, con cierta frialdad:

—Ken, haces demasiadas preguntas. Y te he repetido que no disponemos de tiempo para nada. ¿Quieres acompañarme? Vamos a ver a unas personas que pueden ayudarnos mucho a resolver este misterio y dar a nuestros lectores una versión completa sobre el lío en que estamos metidos.

—De acuerdo. Iré contigo —asentí, de mala gana—. Aunque no veo lo que vamos a sacar en claro de todo esto. ¿A quién vamos a ver?

—En primer lugar, a los Nielson —explicó Alma—. Ellos nos llevarán a la verdad definitiva, Ken.

—Ya —asentí, desviando mis ojos de los graves, brillantes y extraños de Alma. Ella había extraído un pañuelo de su bolso. Un pañuelo saturado de un profundo y embriagador aroma a flores, a vegetales olorosos, que ella se pasó junto a su breve y graciosa naricilla. Yo añadí, inclinándome sobre un mueble —: Vamos entonces, Alma. Veremos a los Nielson, y buscaremos al capitán. Pero yo creí que ya habías visto los Nielson. Es lo que me dijiste anoche por televisófono, ¿recuerdas?

—Bueno, luego cambié de idea... —Alma Gart frunció el ceño y me miró fijamente—. Tiene gracia, pero ni siquiera me acordaba de haber charlado contigo anoche sobre eso.

—¿Lo has olvidado ya?

—No, claro que no. Ahora lo recuerdo bien, Ken. Pero no había vuelto a pensar en ello. De todos modos, tampoco tiene importancia. Hay cosas de más interés y urgencia, Ken...

—Sí, Alma, eso es cierto —dije, incorporándome. La apunté con mi pequeña pistola electromagnética, que ella contempló con enorme extrañeza —. ¿No sería mejor hablar claro y quitarse la careta?

—¡Ken! ¿Qué quieres decir?

—Anoche, cuando llamaste, YO NO ESTABA EN CASA. Por tanto, NO PUDE HABLAR CONTIGO. No hablamos en absoluto.

—Oh, Ken, no entiende... Entonces, por eso no podía recordar...

—No, Alma, no es eso. El que entiende soy yo. Tú no recordabas, PORQUE ESA IDEA NO ESTABA ENTRE LOS RECUERDOS QUE HAS ABSORBIDO DE LA AUTÉNTICA ALMA GART. En resumen. ¿QUIÉN ERES Y QUÉ SIGNIFICA ESTO?

* * *

Yo esperaba una respuesta de aquella mujer que no era Alma. Que no podía serlo... porque Alma hubiera sabido que jamás habló conmigo. Porque tenía otro modo de mirar. Y, sobre todo, porque no usaba jamás perfume y detestaba los aromas intensos, como aquellos del pañuelo.

Ahora entendía yo muchas cosas. Entendía a Héctor Zaar y sus «corazonadas» o «presentimientos», al creer que las personas con quienes hablaban no eran las que parecían.

Zaar no pudo explicarlo entonces. Tampoco hubiera podido explicarlo yo ahora de modo inteligible o verosímil. Pero sabía que ella no era Alma. Podía ser un «doble» perfecta, increíblemente igual, capaz de confundir a cualquiera... pero no a mí, que tanto conocía y estimaba a Alma.

Sí, yo esperaba una respuesta. Sólo que esta no fue la que podía prever.

—Imbécil —silabeó Alma—. Acabas de firmar tu sentencia de muerte.

—¡Cuidado! —avisé con voz helada—. No vacilaré en disparar. Y una sola descarga de esta arma significará la muerte para ti. No tendré escrúpulos en hacerlo, amiguita. Porque tú no eres Alma, ni tienes de ella otra cosa que

su físico... y sus recuerdos y pensamientos, quizás absorbidos por hipnotismo o por algún medio telepático.

—Te crees muy listo, ¿verdad, necio?

—No me creo nada. Habla. Llamaré a la policía. Haré que, bajo mi responsabilidad, arresten a Sonia y a Argos Nielson, que empiecen a indagar qué está sucediendo aquí, por qué y cómo se realizan estas suplantaciones...

—No vas a hacer nada de eso, Ken Sky. Es más, vas a dejar de existir ahora... porque sabes demasiado. Otros serán más fáciles de engañar. Y entonces no seré yo sola la que engañe a la gente, sino que seremos los dos.

—¿Yo también? —me burle con sarcasmo.

—Tú también —rió la falsa Alma Gart, mientras avanzaba hacia mí—. Es decir, otro ser que ocupará tu lugar...

—No vas a lograrlo. Ahora soy yo quien manda aquí. No te muevas. ¡No te muevas o disparo!

—Dispara —rió, desafiante, la falsa Alma Gart—. Eso servirá para que compruebes mi poder, estúpido.

Se movía con paso firme, seguro. Estaba muy cerca de mí. Demasiado cerca. Y no me gustaba en absoluto la expresión hierática, glacial, demoníaca, de sus ojos. Había algo terrible y siniestro en aquella contrafigura asombrosa y enigmática de mi compañera.

—¡No des ni un paso más! ¡Quieta ahí! —exigí, furioso.

No me obedeció. Siguió adelante. Y yo disparé.

Disparé sobre su cuerpo. El proyectil electrónico, de envoltura plástica, reventó sobre el seno de la falsa mujer. En vez de descargar en ella un trallazo de alta tensión, que la hubiera aniquilado... no sucedió absolutamente nada.

Ella continuó avanzando, acercándose a mí, como un espíritu maligno, como un vampiro o un monstruo de literatura escalofriante. Volví a disparar, a la vez que daba un paso atrás.

El bello monstruo de carne recibió ahora el impacto en su cabeza. Reventó el proyectil en su rostro. Pero la faz no se ennegreció, carbonizada. Continuó siendo hermosa, duplicado exacto de la de Alma, pero ahora más dura, más fría, más inhumana...

Estaba alzando sus manos. Sus manos... hacia mí. Y en una de ellas descubrí aquel pañuelo con intenso aroma a flores, a vegetación exótica. Un olor profundo, envolvente, que me asaltó en oleadas, que me embriagaba por momentos, que me hizo sentir sueño fatiga, laxitud...

Disparé por tercera vez, tan inútilmente como antes. Ya, ni siquiera veía dónde estallaban los inofensivos proyectiles de alta tensión. «Aquello», fuese mujer o demonio, estaba ya sobre mí, sus manos largas y sensitivas me aproximaban a la nariz el pañuelo aturado de aromas intensos, penetrantes, embriagadores...

El arma me cayó de la mano. Supe que estaba vencido. Y aquellos ojos maléficos no se apartaban de los míos, yo parecía avanzar hacia ellos, sumergirme en sus simas diabólicas. El aroma a flores extrañas y

embriagadoras me envolvía ya en su telaraña de inconsciencia, de sueño, de cansancio y abatimiento...

Era el fin. La falsa Alma Gart había vencido. Y yo, Ken Sky, que me había creído tan listo, era suprimido fácilmente por aquella infernal mujer.

Muerto... o reducido tal vez a algo peor. Ya no podía hacer nada por evitarlo.

Absolutamente nada.

* * *

(Fragmento de los «Recuerdes de C. A.»)

Así encontré a Ken Sky.

Quizás aún era tiempo de hacer algo. Pero lo que hubiera que hacer, no admitía demora.

Había que actuar ya. Y actué.

Si yo hubiera sido un ser normal, un hombre como los demás, aquello hubiera sido imposible. La contrafigura de Alma Gart hubiera aniquilado a Ken Sky, con el Aroma de la Muerte.

Pero yo no soy como los demás. No lucho igual que ellos. No utilizo sus mismas armas. Ni dispongo del mismo tiempo que ellos. A eso debió Ken el seguir con vida.

Había un margen de tiempo de un segundo, no más, entre el comienzo del efecto del perfume mortal y su acción mortífera en el organismo humano. Ken había empezado a aspirarlo. La primera vaharada estaba ya dentro de su ser. Un segundo después, quizás menos, llegaría la segunda vaharada, desde el pañuelo a los órganos respiratorios del obeso y simpático periodista.

Era todo el tiempo de que yo disponía. Un segundo... y ni siquiera estaba al lado de ellos, sino a una distancia que, para mí, representaba cientos de millas.

Por la misma ley natural, el segundo se distorsionaba, se alteraba para mí, para mis dimensiones... y se convertía en horas. Horas que yo debía utilizar en favor de Ken Sky... en contra de los odiados enemigos a quienes estaba combatiendo de aquel fantástico modo...

Las horas de «mi» tiempo, pasaron veloces. Yo las utilicé en recorrer la distancia que me separaba de ellos dos. Mi cuerpo, dentro de la cápsula de vitrofib, hendió el aire, en un viaje fantasmagórico... a través de una habitación. De una simple habitación normal.

La cápsula cayó sobre una extensión blanca, inmensa, de la que fluía un gas amarillento, un mar de vapores tenues, casi invisibles. Se abrió mi cápsula cilíndrica. Salté a aquella superficie de asombrosas proporciones.

El aroma era allí intensísimo, enloquecedor. Yo lo soportaba. Era lógico que el aroma fuese más fuerte que en parte alguna. Porque aquella extensión blanca, rugosa, en la que me hallaba ahora en pie, perdido en su amplitud... ERA EL PAÑUELO PERFUMADO DE LA FALSA ALMA GART.

* * *

El gas amarillento me envolvía. Era el vapor perfumado, el aroma, materializado en humo, una neblina de color azufre, espesa y viscosa como pocas.

Pero mi máscara de vitrogom era refractaria a olores, a ácidos y a toda clase de sensaciones exteriores. Me moví por el pañuelo.

Ella no podía verme. Ni Ken Sky tampoco. El segundo, aquel segundo de la escala humana, no se había agotado aún para mí. En «mi» tiempo disponía de una décima parte de aquel segundo, inapreciable para ellos, dilatado y amplio para mí. Como el pañuelo, como el aroma... Los rostros, apenas si los veía. Eran demasiado grandes para mí. Harían falta millones, sí, MILLONES DE SERES COMO YO, para cubrir un rostro, una sola parte insignificante de este...

Lancé sobre el extenso y blanco desierto de tejido, cuyo tramado de fibras veía yo en gigantescas proporciones bajo mis pies, una de las diminutas esferas contenidas en mi cinturón púrpura. Cayó, se quebró fácilmente, al tocar el pañuelo inmenso en que yo deambulaba...

Su contenido, absorbente de aromas, concentrado a millones y millones de volúmenes, dispersó en el acto un antiperfume de negativo olor, un gas incoloro, que succionaba el olor de los demás cuerpos, brotó y se extendió en cuestión de momentos. Momentos «míos». Tan escasísimo tiempo para ellos, que humanamente era imposible medirlo o confederarlo.

Prácticamente, el aroma comenzó a brotar para aniquilar a Ken Sky cuando este aspiró de forma involuntaria. Y se extinguió antes de que pudiera, no sólo aspirar otra vez, sino ni siquiera llegar a sentir dentro de sus pulmones la primera oleada de perfume de muerte.

El antiaroma penetró también por sus fosas nasales, formando un anticuerpo semejante a los enemigos de los virus y microbios del cuerpo humano, y estuve seguro, en el acto, de que Ken Sky ni siquiera llegaba a percibir los efectos del aroma en su interior.

El segundo se extinguía. Y yo había logrado mi objeto inmediato. Pero, naturalmente, eso no era todo. Porque la falsa Alma Gart intentaría por otro medio el exterminio de su enemigo. Y aquella gente... poseía muchas armas capaces de la siniestra misión, una vez fracasado el perfume.

Pero yo también tenía mis armas. Y estaba ya allí, entre uno y otro. Dispuesto a ayudar a Ken, dispuesto a salvar su vida, dispuesto a traerlo conmigo a «mi» dimensión y medida.

Sí. Él también tiene que venir al mundo en que vivo, a este microscópico e invisible y fabuloso mundo del Átomo. A un mundo en el que, ahora, yo soy uno de los paladines de la humana justicia. Un defensor del futuro de la humanidad... aunque esta lo ignore.

Sí. Tenía que salvar a Ken Sky. Y también a otras personas. Otras personas en peligro, perdidas en la oscuridad de lo desconocido. Personas a las que era

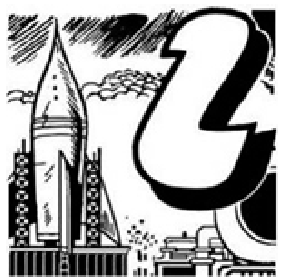
preciso rescatar, devolver al mundo a que pertenecían...

Entre esas personas, a una muchacha llamada Alma Gart. La *auténtica* Alma Gart...

Tengo que hacerlo yo. Yo solo. Yo, el capitán átomo...

CAPÍTULO VIII

DONDE LO IMPOSIBLE SIGUE



A falsa Alma Gart lanzó un grito horrible al ver el fracaso de su intento. Ken Sky vivía aún. A pesar del aroma mortal, vivía. Sus ojos febriles buscaron el pañuelo, lo estrujaron con furia. Gritó descompuesta:

—¡No sé cómo has podido librarte de esto, pero no te librarás de la acción de mis armas supremas! ¡Nosotros hemos de vencer, estúpidos, sobre vuestra mísera especie! ¡Somos los seres superiores!

Ken Sky retrocedía, tambaleante aún por el aturdimiento del gas, sin entender ni poco ni mucho de todo aquello. La falsa Alma Gart no parecía dispuesta a saltar sobre Ken, ni a utilizar arma normal en su nuevo ataque.

Sin embargo, Ken sintió de pronto que algo helado se iba apoderando de su ser. Algo parecido al terror. Un terror vivo, instintivo e inexplicable, frente a una mujer que, además, tenía la hermosa y arrogante apariencia de su amiga Alma...

Pero le estaba sucediendo «algo» a la falsa periodista. Algo monstruoso, inconcebible... Ken Sky gimió, incrédulo, frotándose los ojos y contemplando a la pseudo Alma Gart, en cuya naturaleza y estructura estaba operándose el fenómeno inaudito.

¡La «doble» de Alma Gart estaba tornándose de un vivo color violáceo casi púrpura, y su rostro, sus manos, su piel, sus ropas, absolutamente todo lo que formaban su falsa apariencia... estaba cobrando un aspecto rugoso, áspero, erizado de vello y de púas, una forma similar a un fruto o una planta, y de parecida materia superficial!

—¡Oh... Es... es espantoso...! —jadeó Ken, contemplando desorbitado la fantástica metamorfosis.

La forma de la supuesta Alma era ahora repugnante, atroz y pasmosa. Como un fragmento de vegetal, como un fruto tropical, áspero y punzante... quizás como una planta ¡CARNÍVORA!...

Una planta carnívora, dotada de vida propia, de inteligencia, de movimiento...

Movimientos rápidos, como los de un raro y descomunal insecto, que le

aproximaban a Ken Sky... Su estructura era igual a la de un gigantesco vegetal o flor cerrada, que abría sus pétalos...

Pétalos horrendos, punzantes, velludos, púrpura... que al abrirse y extenderse, como tentáculos de un monstruo, buscaban afanosamente enlazar el cuerpo de Ken Sky... El periodista, lívido, estremecido por el horror, descubrió, allá en el fondo de la enorme flor —o lo que aquella fantástica criatura fuese—, una fosforescencia en movimiento, un polen de polvillo luminoso, purpúreo y amarillento, a vetas, que se removía como una materia repugnante, como algo ávido, succionante, glotón...

Glotón de carne, de seres humanos...

Ken Sky se sintió rozado por el aleteo de una de las monstruosas hojas largas y blandas, rugosas y viscosas en el roce... Gritó, asqueado, trémulo. Dio un paso más hacia atrás... tropezó con un mueble y cayó de rodillas.

La planta, vorazmente, con un rumor, una especie de chirrido que daba la impresión de una voz animal, surgiendo de la materia o polen luminiscente de su corola, brincó, realmente brincó sobre el suelo y se lanzó definitivamente encima de Ken Sky...

Hubo entonces como un reventón formidable en el aire. La planta se volatilizó y estalló en mil pedazos, diluyéndose en trozos nauseabundos, derramando un jugo pastoso, purpúreo, por entre sus desgarrones.

Ken Sky, alucinado, contempló el nuevo horror. Había sido como el estallido de un globo, el impacto que rompe una esfera de materia blanda y frágil. La planta destrozada cayó a sus pies, sus fragmentos se inmovilizaron, carentes ya de la vida anterior que tenía la gigantesca planta que antes fuera ser viviente de humana apariencia.

Kan se incorporó despacio. Aturdido, casi lloroso, sintiendo correr como agua la transpiración por su faz, por su cuerpo, empapando su ropa...

—¡Dios mío, no puede ser...! —jadeó—. Ese pañuelo, ese aroma... ha debido hacerme ver cosas imposibles... Como una droga, como un narcótico...

Y, de súbito, le llegó la segunda sorpresa. Quizás mayor aún que la anterior.

—Sí pudo ser, Ken Sky. Pudo ser... y vive usted gracias a mi intervención. De otro modo, la planta hubiera terminado con usted...

Ken, perplejo, buscó al dueño de aquella voz menuda, pequeña, aunque de timbre y sonoridad que le resultaban familiares. En vano. No vio a nadie.

—¡Cielos, siguen las alucinaciones! —musitó, apoyándose en el muro—. ¡Me volveré loco si esto continúa!

—No se va a volver loco, Ken. Pero está en peligro. Ahora, usted sabe. Sabe demasiado. Y «ellos» intentarán aniquilarle.

La voz otra vez. Recordaba una voz joven, fuerte, enérgica. Una voz que Sky pugnaba por identificar. Parecía llegar de todas partes y de ninguna en concreto. Pero respiraba energía, daba confianza a quién la oía.

Miró a su alrededor, con igual resultado negativo. Interrogó roncamente:

—¿Quién es usted? ¡Dónde está?

—Soy un hombre a quien conoció usted en su dimensión normal. Con su nombre normal de capitán Héctor Zaar...

—¡Capitán Zaar! ¡Usted!

—Sí. No podrá verme. Y eso responde a lo que me preguntó. Estoy ante usted, a su lado. Pero nadie puede verme. Soy invisible para la retina humana, a pesar de que he aumentado mi volumen en la medida de lo posible... porque vivo en un átomo.

—¡En un átomo! ¡Cielos, no! ¡Ya está bien le imposibles por hoy!

—¿Imposibles? —el capitán Zaar debió de reír, a juzgar por su voz—. Pronto verá que no es ningún imposible... porque va a reunirse conmigo.

—¿En el átomo? ¡Cielos, no! ¡No quiero reducirme ni nada parecido, Zaar!

—Tiene que hacerlo. O «ellos» terminarán con usted, como estuvieron a punto de hacerlo hoy. Disponemos de poco, muy poco tiempo. Mi esposa Sonia, la auténtica Sonia, su padre el profesor Nielson, Alma Gart... todos van a morir pronto. Quizás dentro de unos minutos. En cuanto «ellos» sepan que su intento de llevarle a su mundo vegetal fracasó.

—«Ellos»... Los cita con frecuencia. ¿Quiénes son realmente «ellos»?

—No sé. He de llegar a donde están. Pero imagino que son como ese monstruo mutante que le atacó, Ken. Vegetales. Plantas carnívoras, absorbentes... dominadoras. Y capaces de tomar la forma de un ser humano. O quizás de una bestia, de cualquier cosa. Se apoderaron de Nielson, de mi esposa, de Alma... Ahora han de hacerlo con usted. Como lo intentaron conmigo. Pero yo les fallé. Fui más listo que ellos en cuanto advertí que algo anormal sucedía.

—¡Dios mío, Zaar, es todo espantoso e increíble! Pero usted... ¡usted ha dicho que quizás dentro de pocos minutos mueran todos ellos! ¡Y nosotros aquí, perdiendo tiempo! ¡No llegaremos jamás a salvarles!

—Por eso ha de venir conmigo al átomo, Ken Sky. Conmigo. Con el «Capitán Átomo»...

—¿«Átomo»? ¿No es usted Zaar?

—Aquí soy el «Capitán Átomo». Ya se lo explicaré cuando esté conmigo. Y en esta microscópica existencia, cada minuto de los seres normales, se convierte en largos períodos de tiempo, días semanas, para nuestro concepto. Es una lógica ley natural, derivada de la diferencia dimensional.

—Todo es fantástico, pero lo sería más aún que pudiera... que pudiera llevarme con usted, Zaar, si esa leyenda es cierta. ¿Cómo hará para reducirme, para convertirme en un ser microscópico, invisible?

—Muy fácil. Así, Sky...

El cuerpo de Ken pareció estallar. Se sintió sacudido, estremecido por un alud asombroso de sensaciones. Un calor terrible, seguido de un frío glacial. Y como la caída a un abismo, a un vacío, formado allá, en el fondo oscuro de una serie de círculos concéntricos, vertiginosos, incansables, que giraban, giraban, y giraban, en un carrusel alucinante de colores, de cromatismos sensacionales...

Luego, fue como un estallido en su mente, un ramalazo de luz, la oscuridad total para sus pensamientos, sus ojos, sus sensaciones todas...

Y por fin...

Por fin, de nuevo vio la luz, las formas, los objetos...

Sí. Veía luz, formas. Pero objetos... Parpadeó, atónito. Aquellas enormes, largas, altísimas cerdas que cubrían todo en torno suyo, aquel cañaveral asombroso y gigantesco en que se hallaba sumergido, junto al auténtico, al legítimo Héctor Zaar, el mismo hombre a quién conociera en Beach Palace aquel inolvidable día...

—¡Zaar! —masculló—. ¿Dónde diablos estamos? ¿Qué sitio terrible es este? ¿Una selva?

—No —rió Héctor Zaar—. Simplemente el corto pelo de su alfombra de plástico, Ken.

—¡Oh, no!...

—Así es. Está en el mismo lugar. Pero sus muebles, objetos, todo lo normal, es ahora de tales dimensiones, que su vista no alcanza. Lo verá todo brumoso, azulado, más allá de los «cañaverales», que usted ha citado.

—Es cierto —Ken Sky miró al capitán Zaar, Contempló su arrogante figura, su rubia melena, sus ojos claros y profundos, su aspecto marcial, con el uniforme de la Guardia Espacial... También llevaba una especie de gafas o lentes plásticas, de línea aerodinámica sobre la parte superior de su rostro—. ¿Y usted? ¿Puede ver?

—Sí —sonrió Héctor Zaar—. Mire mis gafas. Son especiales para distancias inmensas, para salvar la barrera entre el átomo y la dimensión normal del ser humano. Pero sólo existen unas: las mías.

—¡Cielos, aún me pregunto si sueño! No es posible... que estemos aquí usted y yo... ¡reducidos al tamaño de simples partículas de polvo!

—Y, sin embargo, es lo que sucede. Ha venido al átomo. Ahora, hemos de trabajar. Activa, apremiantemente, Ken. Se trata de salvar a nuestros amigos.

—Pero... pero yo no entiendo nada de nada en este lío fantástico, Zaar...

—No importa. Se lo explicará mientras nos trasladamos en mi nave del átomo. Se lo explicaré todo, amigo mío —Héctor Zaar sonrió, sereno y dueño de sí.

Ken Sky no tuvo fuerzas ni para responder. Después de todo, no podían reprochárselo. Eran demasiadas emociones, demasiados «choques» emocionales y mentales en unos pocos minutos...

Y eso, Héctor Zaar, ahora «Capitán Átomo», lo comprendía muy bien.

* * *

En el cilindro vítreo, cabían los dos perfectamente. Acoplados como los tripulantes de «torpedos humanos» o submarinos de bolsillo, tendido su cuerpo dentro de la forma cilíndrica, transparente, flotaban en el átomo, en su microscópica dimensión actual, a velocidades que parecían terriblemente

lentas, pero que Héctor Zaar, ante su sorpresa, calificó de modo muy distinto:

—Ahora avanzamos a velocidades fabulosas, Sky. Tal es nuestra marcha, que no existe ojo humano capaz de captarnos, aunque pasemos ante ellos. Realmente, estamos cruzando calles, avenidas. Recorremos la ciudad sin que usted pueda captarlo, porque sus ojos están ahora sincronizados a las cosas de su propio volumen, y no a la del que, desde su reducción, es el mundo inferior. A mí me sucedería igual de no ser por las gafas de «Capitán Átomo»...

—¿Eso quiere decir que en este momento pasamos ante la gente, quizá incluso rozamos sus rostros o sus cuerpos, sin que ni ellos ni yo podamos advertirlo?

—Eso es —Héctor Zaar rió con su agradable voz y su cálido acento—. Me gusta que se adapte tan rápidamente a las ideas, Ken. En esta lucha que tenemos entablada, hace falta ante todo rapidez de adaptación mental, imaginación viva y gran sentido práctico.

Ken Sky se rebulló ligeramente en el cilindro con el que ahora perforaban el aire hacia un punto determinado que sólo el «Capitán Átomo» conocía.

—Sinceramente, Zaar, me gustaría saber lo que ocurre, lo que usted espera de mí. Yo sigo sin ver claro, sin comprender toda esta serie de fantásticos acontecimientos...

—Lo comprendo, Sky. Yo mismo he llegado a sentirme rebasado por ellos. Es... es algo inaudito, asombroso. Desde un principio lo fue. Pero lo que ahora sucede rebasa toda medida.

—Usted tuvo razón cuando dijo que su esposa y el profesor Nielson no eran quienes decían ser. Ahora, lo he sabido por propia experiencia con Alma. Usted nos avisó, en la clínica, para evitar que nos metiéramos en un grave peligro... como así sucedió, pese a todo. Hasta ahí lo entiendo. Ahora bien, su desaparición, su... su transformación en un ser diminuto, mi propio traslado a este mundo de miniatura, y la razón que podamos tener para ello, cuando desde nuestro propio volumen no somos capaces de hacer nada práctico, es lo que escupa a mi imaginación, capitán.

—Es lo que he prometido explicarle, Ken. Y creo que tengo tiempo de hacerlo. ¿Usted ha oído hablar de la Profecía del Fin del Mundo?

—¿La Profecía del Fin del Mundo? —reflexionó Ken Sky—. Algo he oído. Creo que fue un documento, hallado en la residencia de un adivino, de un pitoniso o cosa parecida, en Europa Central, allá por el año 1985. En ese documento, el adivino, antes de morir, había asegurado que el Mundo sería aniquilado, extinguido por un poder nuevo y terrible. Pero no sé más. O no creo recordar más.

—Esa es la versión que se dio a los hechos, Sky. La que publicaron los periódicos. Pero el hombre que murió en Europa Central, dejando una profecía escrita, no era un adivino ni un pitoniso. Era un vidente.

—Bueno, ¿no resulta prácticamente lo mismo?

—No —sonrió Héctor Zaar con expresión grave—. No es lo mismo. Aquel

hombre, realmente, no adivinaba nada. Veía lo que iba a suceder, se anticipaba en el transcurso del Tiempo, y sus ojos penetraban en el futuro. Esto le sucedía en determinados momentos, era un fenómeno psíquico, que los médicos no acertaron a descifrar, y que otros tomaron por demencia o por farsa. Pero, realmente, él presenciaba los sucesos que estaban por venir, aquello que aún no había sucedido, pero que estaba escrito en el Tiempo que sucedería, porque era Ley de Dios que así llegara a acontecer. ¿Se da cuenta de lo que representaba ese poder, esa rara facultad?

—Sí. Pero creo que aquel hombre murió joven, enfermo. ¿No pudo ver su propio fin?

Héctor Zaar afirmó. Sus ojos aparecían graves, pensativos. Habló lentamente:

—Le voy a recitar un párrafo de su Profecía, Sky: «Y aunque sé que tengo que morir en plena juventud, amargado y resentido, incomprendido y despreciado, también sé que algo de mi obra puede permanecer y, llegado el momento, salvar a la Humanidad. El fin está cerca, muy cerca. Lo veo, lo siento. No mi propio fin, que no me preocupa, sino el de todos los demás, el de este mundo que no me comprende. Yo sé que llegará. Llegará de lo más pequeño, crecerá hasta ser lo más gigantesco, y lo destruirá todo. La vida, la civilización y cuanto significa algo en este planeta».

—Lo recuerda todo muy bien, capitán. ¿Le da crédito a eso, realmente?

—Sí, Sky. Tengo que dárselo. Aquel hombre, además de «ver» el porvenir, perfeccionó sus trabajos, de acuerdo con lo que estaba viendo que había de suceder. Era un notable físico e inventor, un químico extraordinario. Pero no necesitaba de ello para vivir, porque era rico y de buena familia. A pesar de que su propia familia le despreció por considerarle un nigromante. Trabajó en silencio, denodadamente. Dice en otro punto de su Profecía: «Tal vez esto sea todo inútil. Estoy luchando por algo que no podré hacer yo. Pero debo hacerlo. Debo dejar algo, algo para que el Fin del Mundo no se cumpla tal como yo lo he visto». Y lo hizo, Ken.

—¿De veras?

—Sí. Dejó un laboratorio de materias prodigiosas, oculto en un lugar que solamente la persona capaz de aprovecharlo conocía. Dejó su gran hallazgo de la reducción al átomo, del transporte de seres normales a un mundo diminuto o invisible, a través del «Reductor». Y unas armas químicas que él sabía que, llegado el caso, darían resultado frente a la amenaza que vio en el futuro, proyectándose sobre nosotros.

—Y usted creyó en la profecía. Y usted fue la persona capaz de aprovechar esos prodigios... —Ken movió la cabeza—. No puedo dudar de todo eso, capitán, porque usted es la prueba evidente de que dice la verdad, por fantástica e increíble que esta sea. Pero ¿qué le hizo suponer que todo ese cúmulo de prodigios, de fantasías desbordadas, era cierto?

—La fe, Ken.

—¿La fe? ¿La fe en un hombre que murió despreciado, incomprendido e

incluso perseguido?

—Sí, Ken. En otro párrafo de la supuesta profecía, que no es tal, sino crónica del futuro, tal como él lo vio, dijo aquel hombre extraordinario: «Y como el peligro, el Gran Peligro, llegará de lo más pequeño, para terminar desde allí absorbiéndonos, únicamente un hombre pequeño, un capitán del átomo, conducirá a su menguado ejército microscópico, a la victoria final. Pero ese hombre ha de tener fe, ha de luchar convencido. Y ha de llegar hasta el fin, con todas sus consecuencias. Así sucederá... si así se hace. Si no... Dios acoja en Su Reino a todos los pobres, los infortunados seres humanos».

—Sí, dicho así, suena a mucho más que una vulgar profecía —reconoció Sky—. Pero usted, Zaar, necesitó, ante todo, fe. Y después saber que existían esos medios de reducción, esas armas, esos prodigios fisicoquímicos del Vidente. ¿Cómo fue posible eso?

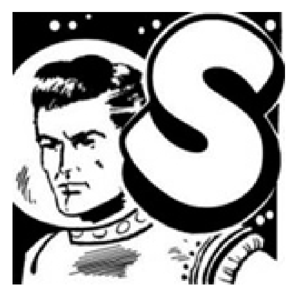
Héctor Zaar entornó los ojos, pensativo. Parecía tener su mente muy lejos de allí, del lugar en que ahora estaban, de los espacios invisibles que, en el átomo, hendía ahora la nave cilíndrica y cristalina.

Declaró, muy despacio:

—Aquel hombre, Sky, era un miembro de los Barones de Czaar, en Centroeuropa. El apellido varió algo, quizá para que nadie relacionara a la familia con aquel supuesto loco... Pero yo debo tener fe, Sky, porque yo soy el hijo del barón de Czaar, el hombre que vio el porvenir de la Tierra...

Capítulo IX

EL GRAN PELIGRO



KY entendía. Ahora entendía.

—Su hijo... Dios mío, ¿cómo iba a suponer tal cosa?

—Sí, las crónicas periodísticas no hablaron de eso. La familia quería mantenerme lejos de la influencia de mi padre, lejos de habladurías. Mi madre murió, y mis tíos quisieron hacer de mí lo que ellos deseaban. Me rebelé. Me rebelé el día que supe lo que sucedió con mi padre. Me enfrenté a todos, abandoné Europa Central, y cambié mi vida totalmente. Ahora me siento orgulloso de lo que hice.

—Y ¿cómo relacionó un suceso con otro, Zaar? ¿Cómo imaginó que esas suplantaciones podían relacionarse con... con la profecía de su padre?

—No sé. Fue una corazonada, allá en el sanatorio. Recordé todo. Este podía ser el Gran Peligro. Y si lo era... había que hacer algo. Escapé de allí, Ken. En un aerocar transoceánico, de altas velocidades, me trasladé a Europa Central. Sabía dónde dejó mi padre los útiles para el futuro. Solamente yo lo sabía, porque en su última carta, que nadie sino yo, Héctor Czaar, podía abrir, me dejó la referencia de todo. Aquello me confirmaba en mi idea, en mi sospecha de que el momento crítico de la humanidad había llegado. La amenaza estaba aquí. ¡Había que combatir ya!

—¿Y tuvo el valor... de reducirse?

—Sí. Cuando lo hice en el antiguo laboratorio secreto de mi padre, mi sorpresa fue enorme. Allí estaba este cilindro, accionado por diminutas y potentísimas electroturbinas de energía nuclear, cuya duración es ilimitada, por el gesto tan insignificante que representa accionar algo tan pequeño. La ultravelocidad permite hacernos invisibles a los ojos humanos, incluso ampliando ligeramente nuestro volumen. Y así volví apresuradamente aquí, donde yo sabía ya que estaba el peligro, y había que conjurarlo. Para lo cual era preciso antes buscar su origen.

—¿Y lo ha encontrado?

—No —negó Zaar—. Pero tengo una teoría. Creo que todo empieza en Argos Nielson y en Sonia.

—¿Su esposa y su suegro?

—Sí. El profesor Nielson llegó del espacio. Sonia fue su primer contacto, aparte de su propio secretario Ingram Fark, que tampoco creo que sea ya el verdadero. Por tanto, estoy convencido de que Argos Nielson trajo consigo la amenaza desde el espacio...

Era toda una teoría digna de tenerse en cuenta. A Ken Sky le preocupaban muchas otras cosas. Tales como saber si había alguna posibilidad de luchar, de hallar al enemigo, de sobrevivir, en caso de que lo hallasen... y de volver al tamaño normal, en el supuesto de que todo saliera bien.

Pero, evidentemente, una cosa urgía sobre todo: salvar a Nielson, a su hija, a Fark, a Alma... y, sobre todo, salvar al Mundo. Al mundo en peligro... que ignoraba su trágica suerte futura. Que se hubiera reído de ellos y de la Profecía de Czaar, de habérsele hablado de ello...

—Si Argos Nielson transportó involuntariamente «algo»... lo que sea esa amenaza, dentro de la nave espacial en que regresó... ¿cómo espera dar con ello? ¿Y dónde?

—En el sitio idóneo para ello: en su casa. Su propia casa, por supuesto...

La respuesta era lógica. Ken Sky lo admitió así. Y, al mismo tiempo, se estremeció, invadido por un repentino y profundo terror.

Él había visto ya una horripilante exhibición de aquel monstruoso peligro. Si de verdad la casa de Argos Nielson era la madriguera de... de «aquello»... ¿qué iba a suceder?

¿Tendría también razón en eso la profecía del padre de Héctor Zaar, y triunfarían el «capitán átomo» y sus reducidas huestes microscópicas... o el fracaso, la muerte, un destino espantoso, en suma, les aguardaba, en la fauces de aquel tenebroso enigma?

* * *

Todavía se hallaba Ken Sky bajo la influencia de la asombrosa historia del capitán Héctor Zaar, cuando la nave cilíndrica se detuvo en alguna parte.

No parecía tener mandos, pero el periodista observó que la mano de Héctor movía diestramente los tres únicos mandos de la nave: un indicador de velocidad, un freno y acelerador y un control de rumbo.

—Hemos llegado —dijo Zaar.

—¿Adónde? —indagó Sky, confuso.

—A la vivienda de Argos Nielson.

—Oh, entiendo —Sky tragó saliva. Miró al exterior, pero no le era posible ver nada, salvo una gris y azulada bruma, que desfiguraba contornos, igual que si fuese un cielo, un espacio sideral microscópico, separando su ámbito atómico, de aquel otro ahora gigantesco, inmenso, que era el suyo propio. Y añadió—: ¿Cómo espera que entremos ahí, en nuestra actual dimensión microscópica?

—¿Entrar? —Héctor rio de buena gana—. Mi querido amigo, eso no es

necesario... porque ya estamos dentro.

—¿Cómo lo hemos logrado? ¿Es que poseemos la facultad de atravesar muros?

—Por supuesto. Nuestra propia dimensión actual lo permite. Realmente nos filtramos a través de los conglomerados de átomos, de moléculas, puesto que somos infinitamente menores. Y ahora, una vez dentro de la materia que constituye el edificio, alcanzado un punto del interior de este, no hemos de movernos de la cápsula de vitrofib en que viajamos, hasta no estar seguros de que realmente el «Punto Cero» está cerca.

—¿El «Punto Cero»? ¿Qué significa eso, capitán?

—Aquel aroma, Sky, el que usted aspiró y estuvo a punto de matarle, porque realmente es mortal para los humanos... lo despiden los enemigos de nuestra especie. Esa materia, ser o fuerza que ha llegado de otros mundos para dominar nuestro planeta, para extinguir la vida en él... despide un aroma igual, aunque infinitamente más débil en intensidad. Yo poseo la forma de localizar el origen de sus emanaciones. Y de neutralizarlo para que no sea mortal, como hice con usted.

—Diablo, Zaar, sus posibilidades rozan el campo del milagro. ¿Es que su padre supo también que el enemigo de la Tierra despediría un olor letal, que sería preciso localizarlo por él, y que haría falta combatirlo, para salvar vidas humanas?

—Ken, el último párrafo de la profecía de mi padre es tajante en eso. Dice: «Y la Amenaza, cuando llegue, usará de aromas mortales para extinguir la vida sobre la faz terrestre. Yo he visto, en el futuro, gases de muerte, con olor a flores... Aromas tropicales y atractivos, que ocultaban el más terrible de los venenos. Dios quiera que mis fórmulas para combatir todo aroma vegetal resulten eficaces el día que se empleen desde el microcosmos en que será preciso combatir al Gran Peligro».

Ken Sky asintió. Ahora nada podía sorprenderle o desconcertarle ya. Se había habituado perfectamente a los prodigios de aquel mundo delirante de Héctor Zaar, el hijo del Vidente, el hombre que capitaneaba ahora, desde el átomo, la lucha contra el poder oculto y siniestro que se había filtrado en el mundo...

—Creo que no preguntaré más —el periodista suspiró—. Su padre era un genio. Quizás el elegido de Dios para salvar al mundo. Y usted su instrumento vivo, su espíritu mismo, resucitado para bien de la Humanidad en peligro. Adelante, Zaar. Lucharé con usted hasta el fin de mis fuerzas. ¡Quiera Dios que sea con fortuna y acierto!

—Gracias, Sky —Héctor Zaar sonrió—. Tome. Ha de llevar un arma. Le entrego dos cápsulas contra el aroma mortal. Utilícelas siempre oportunamente. No nos sobran. Mi padre no dispuso de tiempo ni medios para obtener grandes existencias. Fueron demasiados los ingenios que tuvo que crear, en este micromundo en que estamos... También le daré un tubo metálico, aparentemente inofensivo. Póngalo en su cintura.

—¿Qué utilidad tiene?

—Posee dos cargas especiales. Una, la primera, permitirá que su volumen crezca hasta la dimensión máxima de un grano de trigo. La segunda es la carga negativa que yo utilicé con usted al presionar mis propios tubos. Y servirá, por tanto, para devolverle su auténtica dimensión. Cuando esto ocurra, se habrá terminado el prodigio. Nunca más volverá a poder reducirse. Ni a mí facilitárselo, porque poseo escasos tubos con cargas negativas como esa, únicamente reservo las necesarias para Sonia, Alma y Nielson, si llegamos a tiempo de salvarles; pero absolutamente ninguna ya para darle a nadie el tamaño diminuto que usted posee.

—De modo que si vuelvo a mi dimensión normal, y si usted vuelve también a ella...

—Jamás podremos reducirnos de nuevo. Y en nuestra dimensión, las armas serían inútiles porque están concebidas para actuar en el átomo. Se habría perdido todo, Ken.

—Entiendo. Aunque hallemos a Sonia, a Alma, al profesor... no podremos reducirles.

—No, Ken. Ni hará ninguna falta. Ellos están reducidos ya.

—¿Eh? —Sky enarcó las cejas, perplejo—. ¿Eso... eso es cierto?

—Sí. Pero no fui yo quien les redujo, sino «eso», la «cosa» con la que combatimos.

—Dios mío, ¿cómo lo sabe? ¿Lo dijo también su padre?

—No. Eso lo sé yo. Porque todo ser humano que haya de ser sustituido por «ellos», por los falsos seres humanos, que, en realidad, no son sino formas vegetales vivas y dotadas de inteligencia, poder y don de mutabilidad física, ha de ser previamente reducido y llevado a ese ámbito del átomo en que se mueve el espíritu de la materia enemiga, la auténtica savia, «cerebro» o «corazón», sea lo que sea, aún lo ignoro, centro y vital punto de salida de todo el mal.

—Y... una vez reducidos los humanos que eligen para «suplantar» con «dobles» vegetoides ¿qué les sucede, capitán Zaar?

—No lo sé —susurró Héctor roncamente, frotándose con mano nerviosa la mandíbula—. No lo sé... y eso es lo que me asusta, Ken. Pueden continuar así... o pueden haber desaparecido. Desaparecido para siempre.

Ken apretó los labios, tembloroso. Pensó en Alma, sobre todo. Su buena amiga Alma, la valerosa muchacha que sin duda había pagado con la vida o con una suerte mil veces peor su audaz curiosidad.

—Esto nos ayudará a encontrar el «Punto Cero», Ken —dijo Héctor Zaar, tomando un disco rojo del cinturón de su uniforme. Lo mostró—. Es un sensible detector de aromas, de olores, cuya graduación señala fielmente, al tiempo que marca la distancia hasta su origen y el rumbo a seguir... Uno de los grandes ingenios creados por mi padre. Parte de su herencia para el futuro. Parte de su silencioso, humilde y gran legado a la humanidad... que esa humanidad jamás supo comprender. Que quizá jamás llegue a comprenderlo,

ni a creer siquiera en él o en su existencia real.

—Si vuelvo vivo al mundo, capitán... de eso me encargo yo —dijo Ken con firmeza—. ¡Todos tendrán que ver y leer la verdad, la auténtica verdad que no aceptaron hasta hoy!

—Dios lo quiera, Sky —Héctor sonrió—. Será señal de que volvemos... y de que todo terminó bien.

No se habló más. El capitán manejó el disco rojo ante sus ojos escudriñadores. En las esferas graduadas del disco, las agujas fluorescentes comenzaron a oscilar, a moverse levemente, agitadas por algo. Por aquella sensibilidad extraordinaria que les hacía maniobrar, en busca del «Punto Cero», origen del aroma mortal, quizás origen de todo...

Las agujas, lentamente, cesaron de moverse. Todas señalaban ya su punto determinado. El capitán Zaar comenzó a leer, en voz alta:

—«Punto cardinal... CERO... —parpadeó, sorprendido. Siguió leyendo en las esferas graduadas—. Distancia... ¡CERO! Intensidad de aroma... ¡MÁXIMA!»... ¡Cielos, Sky! ¿Ha oído eso?

—Sí... —Ken respiró hondo—. ¿Qué significa, Zaar?

—Significa... —el rostro lívido de Zaar, bajo su rubio cabello revuelto, reveló estupor, alarma, inquietud—. Significa... que hemos acertado. Por simple coincidencia, o quizás atraídos por algo... ¡Estamos en el mismísimo «punto cero»!

Y de repente sucedió algo allá fuera. Una masa golpeó la cubierta vitrofib del cilindro volante.

Este se resquebrajó, se rasgó brutalmente, disperso en fragmentos su fuselaje transparente por el inesperado y violento impacto.

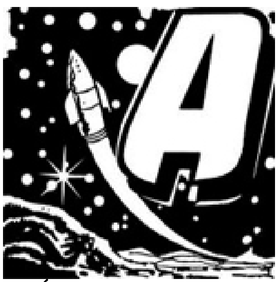
Zaar y Ken Sky se encogieron, alarmados, y miraron con horror hacia arriba. Un aroma denso, penetrante, cuajado de perfume de flores, pegajoso y embriagador, comenzó a entrar en oleadas, pareció enroscarse en torno suyo y horadar sus fosas nasales...

—¡Cuidado, Ken! —aulló Zaar—. ¡El aroma de la muerte...!

Luego Ken y el capitán vieron arriba, sobre el fuselaje roto, la forma en movimiento que había destrozado su minúsculo vehículo del Átomo...

CAPÍTULO X

«PUNTO CERO»



LLÍ estaba ya el horror.

Con su aroma denso, mortal, con su olor vegetal, terroríficamente espeso y embriagador.

Y allí, en el fatídico «Punto Cero», alcanzado acaso por los microscópicos viajeros del átomo, por voluntad de su enemigo en la sombra, el siniestro y diabólico poder desconocido, y no por pura casualidad, no sólo era el aroma mortal la presencia evidente de la amenaza... sino «aquello» otro. Lo que ahora había despedazado la nave transparente, permitiendo entrar en ella el gas mortal... era un cuerpo sólido. Una forma. Una forma viva, que atacaba a los dos microscópicos héroes...

—¡Es horrible, Zaar! —jadeó en Sky—. ¡Mire eso!

El capitán Zaar estaba mirándolo ya. Su gesto denotó claramente la repugnancia, el horror que le producía descubrir la forma viscosa adherida al vehículo, tras haberlo triturado... la succionante hojarasca rugosa, de forma oblonga, que reptaba y se agitaba como una víbora repugnante.

Tenía un color azafranado, repelente y húmedo. Despedía aquel olor de flores, de un vergel radiante de plantas aromáticas... El engañoso y terrible olor en que el enemigo dantesco cifraba sus fuerzas malévolas.

—Es otro vegetal, Ken —silabeó, dueño de sí—. Como aquel que combatimos en su casa, «trasmutado» en Alma Gart... Este, de otra forma y color pero igualmente vegetal. E igualmente peligroso...

—Pero usted aniquiló a aquel, Zaar. Lo hizo reventar como si fuese un globo...

—Sí. Las cargas disolventes que poseo son auténtico veneno para toda materia vegetal, prueba de que mi padre tenía la seguridad de que eran formas vegetales o similares las que atacarían al mundo. Sin embargo, no llevo un arsenal conmigo. Y... mire Debe de haber millares, quizá millones de esas formas vegetales rodeándonos...

Ken Sky sintió que se le erizaban los cabellos. Trémulo de horror, miró más allá de aquel cuerpo pastoso y repugnante... Sí, tenía razón Zaar. Era

como una lluvia. O mejor, como una densa nevada. Corpúsculos azafranados flotaban en el aire, sobre ellos. Se aproximaban en oleadas alucinantes...

—¡Nos destruirán, absorberán nuestros cuerpos! —jadeó Ken.

—Eso sería horrible. Y no sólo por nosotros, sino por la humanidad entera —murmuró Zaar, estremecido—. Tenga serenidad, Ken. Recuerde que ahora estamos en el átomo. Y que es precisamente del átomo de donde provienen esas formes de vida extraterrestre que nos amenazan...

—¿Y bien...?

—Observe. El aroma ya no llega a nosotros porque estoy utilizando el antídoto... —le mostró el vapor gris que diluía las serpentinas de gas amarillento que formaba el olor ante sus ojos microscópicos—. Ahora utilice la carga de «ampliform». En su primer grado, por supuesto. Sólo hasta cobrar la forma intermedia. Diminuta, sí, pero infinitamente superior a la actual. Yo también lo haré. Y observará los efectos del fenómeno...

Ken llevó la mano al tubo metálico que le diera Héctor Zaar. También este oprimía ya el suyo, presionando el émbolo de salida del generador y transmutador de materia que les daría el tamaño apetecido...

Nada más presionar el tubo, el periodista captó una reacción física formidable. Su cuerpo pareció crecer, estirarse de forma gigantesca... Reventó la cámara de vitrofib, hizo saltar, maltrecho, al monstruoso vegetal amarillento, rebasó la altura de los demás, dejó tras de sí, como sumergiéndose en el suelo, desapareciendo de su vista, aquellas formas flotantes, aquellos vegetales monstruosos, que le parecían ingentes y ahora ni siquiera existían...

A su lado, la forma del capitán Átomo crecía también, por obra de aquel prodigio increíble que Héctor Zaar había heredado, llevado simplemente por su astucia, su valor y decisión, y una fe ciega en su padre, el hombre que predijo y previno todo lo que estaba sucediendo ahora, gracias a su don excepcional de «ver» el porvenir...

—¡Dios mío, si parecemos gigantes! —manifestó Ken Sky, cuando se detuvo el crecimiento progresivo de su ser—. ¿Qué lugar es este?

—El que yo me temía, Ken. Aquel al que el poder absorbente de nuestro enemigo nos atrajo, consciente del peligro que suponemos para él. Mire. Aunque cree ser gigantesco, sólo es una impresión física, por la diferencia de volumen con su anterior forma. Pero en realidad no supera en mucho el volumen de un grano de trigo o de arroz, Ken. Y todo esto, gigantesco y asombroso, que nos rodea ahora, no es sino el fatídico «Punto Cero» de nuestra búsqueda.

—Veo... veo algo así como lejanas manchas. Manchas de color, como grandes flores suspendidas sobre nosotros —murmuró Sky, confuso.

—Son flores, realmente —asintió con una sonrisa Zaar—. Observe. Estamos en el invernadero de los Nielson...

Y era verdad.

* * *

—¡El invernadero! —Ken Sky parpadeó, estupefacto—. Un simple e inofensivo invernadero... la madriguera de un monstruo o monstruos terribles! ¡Parece cómico, capitán!

—Pero no lo es. No tiene nada de cómico, Sky, tiste es, en efecto, un simple invernadero. Pero no «inofensivo». Está saturado de maldad, de peligro, de una oculta inteligencia que hemos de localizar ahora. ¿Se da cuenta, Sky? Ahora... o nunca.

Sky asintió. Miró el suelo terso y brillante que pisaba. Era como un inmenso espejo en el que se veía nítidamente. Un espejo negro. Ceñudo, miró más allá la llana superficie rectangular. Supuso dónde se hallaban: una mesa. Una mesa, en el centro del invernadero.

Y, sobre sus cabezas, formando una masa vegetal bellísima, toda clase de flores, de ejemplares, tropicales o ecuatoriales, nórdicos o sureños, flores interplanetarias, cruces de plantas raras, ejemplares de coloración singular, como rosas azules, gardenias negras y orquídeas color plata. Un auténtico museo de flores, que les cercaba en aromática y policroma red.

—Ni siquiera sabemos lo que buscamos, ¿no es cierto, Zaar? —indagó.

—Eso es. Sólo puedo deducir algo: el profesor Nielson fue elegido como vehículo portador de «algo» siniestro, muy astuto y capaz. Y ese «algo» penetró con él en la nave a su regreso. Nielson lo trajo a la Tierra involuntariamente. Pero ¿qué pudo ser?

—Espere. Nielson se ocupaba en especial de la flora y fauna de los planetas. No creo que se tratase de un animal. Por tanto... ha de ser un planeta. Además eso ligaría con la naturaleza vegetal de lo que hemos visto hasta ahora...

—Bien deducido. Y, por tanto, si es un vegetal, y este es el «Punto Cero»... ese vegetal está aquí ahora. Muy cerca de nosotros...

Ken se estremeció y miró en torno con angustia. Pensar que cualquiera de aquellas flores no era lo que parecía... Pensar que una, una entre todas, era una forma de vida inteligente, una materia saturada de maldad y astucia, agazapada en la sombra, tras las hojas de una flor, para lanzar desde allí su poder al mundo...

—Y... ¿y podremos realmente combatirlo con nuestro volumen actual?

—No existe otro medio. En su momento veremos la razón, Ken. Ahora dejemos de perder tiempo en hablar. Hoy que actuar, hay que buscar...

Los dos se movieron sobre la gran mesa que, para ellos, era como un desierto terso, brillante, duro y resbaladizo...

De súbito, una sombra surgió ante ellos. Ken Sky se echó atrás, atemorizado.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Ahí debe de estar! ¡Mire, nos atacan...!

Héctor Zaar retrocedió dos pasos, mirando con fijeza al aire, por encima de su cabeza. La sombra les cubría virtualmente. Zaar identificó su naturaleza.

Pero eso no le tranquilizó lo más mínimo.

—No es ningún peligro extraterrestre —avisó—. Es un simple insecto. Una mosca, un abejorro de las flores... Pero en nuestro tamaño resulta monstruoso, aterrador... ¡y puede serlo, si nos ataca!

Como si fuera un presagio, el insecto que a su escala actual parecía un colosal monstruo alado, los descubrió entonces. Descendió zumbando sordamente y batiendo las membranosas alas, en dirección a ellos.

—¡Ya ataca!

—Sí —Héctor Zaar vio venir hacia ellos al espantoso insecto. Las celdillas feas y repulsivas de sus ojos se fijaban en ellos, como miles de ojos diversos y malignos... El moscón abrió sus fauces repelentes para devorarles—. ¡Cuidado, Ken!

Sky se dejó rodar sobre la mesa para eludir el roce de las patas del insecto, que lo hubieran aferrado y alzado en el aire. El monstruo silbó con un zumbido ensordecedor, rozándoles con sus patas y sus alas. Luego volvió a la carga.

Ya para entonces, Héctor había tomado su propia decisión. Únicamente disponía de un arma, aparte las precisas para enfrentarse al temido peligro invisible: un disparador de cargas eléctricas de elevada tensión, adaptado a su volumen actual.

Lo extrajo y apuntó a la enorme mosca amenazadora. Disparó, presionando un resorte rojo. Brotó un chorro de chispas azules. La mosca aleteó con un desagradable zumbido, luchando por huir del mar de chispas que la rodeó como un velo de luz. Luego, carbonizada, reducida a un maullante cuerpo ennegrecido, se derrumbó sobre la mesa, no lejos de ellos. Enseguida se dispersaron sus cenizas negruzcas.

—Un peligro vencido —suspiró Héctor Zaar, tras la tensión sufrida—. Esperemos que siga nuestra fortuna...

Se detuvieron a un extremo de la mesa. Contemplaron las hileras de flores, radiantes de luz, frente a ellos. Era una sinfonía de colores, de bellos pétalos y tallos altos y jugosos, que brotaban de donde se hiciera el cultivo.

—El aroma da una intensidad máxima en todo el invernadero —explicó Zaar roncamente—. Eso quiere decir que su origen está aquí dentro. Pero ignoramos dónde exactamente, y no tenemos elementos de juicio para localizarlo.

—¿Ni siquiera su padre pudo sugerir, en sus escritos, la forma o volumen de ese ser, vegetal o no?

—Ni siquiera él —negó Zaar—. Es algo que estaba fuera de su vista. Nuestro enemigo, la materia real, el origen de todo... es el factor desconocido de todo esto. Puede ser una bella, lírica, diminuta flor... o una gigantesca planta. Lo ignoro, Sky. Y daría años de vida por saberlo, porque el tiempo nos es precioso. Y cuando ese poder nos ha atraído aquí, a sus dominios... es porque algo planea para aniquilarnos.

Ken Sky miró en torno, inquieto. Aquel lugar de pesadilla le resultaba por

momentos estremecedor.

Y lo peor era ignorar. Ignorar qué era «aquello», lo que quiera que fuese...

* * *

Una hilera de orquídeas doradas quedaba atrás. El resultado de la desesperada búsqueda seguía siendo negativo. A pesar de que los ojos diminutos de los seres llegados del Átomo penetraban en rincones y recodos que una vista humana normal ni soñaría en advertir, no encontraban nada sospechoso, nada delator. Ni el aroma aumentaba o disminuía, en derredor suyo.

Fatigado, el capitán Zaar se detuvo, entre una gran roca azul, hermosa y brillante, y un ancho y feo ejemplar de flor desconocida, amarilla y rayada.

—La rosa azul es obvio que no pudo venir de ningún planeta —observó Ken—. Hay demasiadas iguales a ella en la Tierra, para que el profesor Nielson la trajese. En cambio, esa flor amarilla...

—¡Cuidado con ella! —avisó roncamente el capitán Zaar, mirándola de soslayo—. No sé por qué, pero hay algo que late aquí en el ambiente. Estamos cerca... muy cerca... de lo que sea. Quizá debajo de esas hojas amarillas y rayadas... esté la clave de todo.

—Quizá —Ken Sky estudió con ojos graves la extraña flor—. ¿Qué... qué buscamos realmente, capitán? ¿Qué espera encontrar dentro de la flor?

—Polen —dijo él roncamente—. Polen creador de nuevas semillas, de nuevas plantas. Es vital en toda invasión: ejército, tropas, fuerza numerosa. Entre los hombres son los soldados, las unidades humanas. En esa «cosa» o vegetal... semillas. El polen ha de estar necesariamente vivo. Formar parte de su materia... Eso es lo más pequeño, Ken. Creo que ahí, justamente en eso, está la razón de todo este enigma alucinante.

—Bien. Veamos, entonces...

Ken y el capitán avanzaron en sentido diferente, por distintos lados de la gigantesca flor amarilla rayada...

Fue como un presentimiento, como el fulminante rayo de una corazonada, tocando la mente y la sensibilidad de Héctor Zaar.

Éste, de súbito, se revolvió y miró a su espalda, donde parecían existir unos ojos. Unos misteriosos y terribles ojos crueles que perforaban su mente...

—¡Allí! —rugió—. ¡Allí, Ken! ¡Estábamos equivocados...! ¡Cuidado, cuidado, atrás!...

Zaar echó a correr desesperadamente, lanzando cargas antiaroma. Ken Sky tropezó y cayó de rodillas, en su premura por correr junto a Zaar para huir al inesperado enemigo...

Era la hermosa flor... La rosa azul.

Había movido sus pétalos, abriéndolos casi por completo. Y de su interior surgía un vapor amarillo, formado por miles, millones de corpúsculos dorados, polen que flotaba en el aire, que crecía y crecía más y más, a medida

que se extendía en forma de nube hacia ellos.

—¡Ésos son los enemigos de la Tierra! —rugió Héctor Zaar—. ¡Vienen sobre nosotros!

La nube dorada flotaba hacia ellos. Zaar sabía que, cuando les alcanzase, los enemigos crecerían a placer de aquella flor azul, en cuyo interior hermoso se ocultaba el horror...

El Vegetal era tan inteligente que incluso había alterado su estructura exterior para no ser localizado, una rosa azul, en el año 2009 no sorprendería a nadie...

La rosa azul ya se cerraba de nuevo y empezaba a agrupar sus pétalos hermosos para ocultar su nauseabunda, ominosa verdad...

Luego aquel polen, una vez en el aire, se agigantaba o reducía a voluntad de su «cerebro rector»... y pasaba a ocultarse en el átomo, en espera del momento del ataque sincronizado, de la invasión vegetal... o se agigantaba, formaban cuerpos ingentes, repulsivos, que luego podían transformar su materia en aparentes formas humanas, incluso absorbiendo pensamientos e ideas de la persona elegida, «doblándola» perfectamente, e imitando su voz, gesto y costumbres...

Ambos hombres retrocedían. Zaar y Sky se veían vencidos por aquel acoso. Sabían que no era posible luchar al mismo tiempo con millares y millares de semillas, capaces de absorberles, de aplastarles con su aroma mortal y con su poder aniquilador...

Pero mientras la mente de Sky, atrofiada por el terror y la angustia de aquel trance sin precedentes, era incapaz de reaccionar, de hacer algo útil en tan desesperado momento, la de Héctor Zaar trabajaba activamente, en tanto el heroico oficial trataba de hallar una salida. Una salida que no parecía existir...

Y, de súbito, Héctor Zaar jugó su baza. La última, la decisiva...

Mientras Sky, encogido, veía venir hacia él la lluvia de dorado polen mortal, en constante crecimiento, que casi formaba una nube densa, infranqueable, por casi todo el invernadero, Héctor Zaar se precipitó a velocidad de vértigo a través de la amplia mesa.

Virtualmente, voló sobre la mesa, patinó por su superficie, entre las plantas... y saltó sobre el tallo espinoso de la flor azul. De allí, balanceando, su diminuto cuerpo en las grandes hojas, sin importarle los desgarros que causaban en su uniforme los pinchos, realmente monstruosos para su volumen actual, de la gran rosa azul.

Cayó sobre las hojas con rabia, sintiendo a su espalda los chillidos de angustia de Ken Sky, que braceaba, desesperado, utilizando sus escasas armas para eludir, sólo de momento, el acoso de los entes de pesadilla...

Los pétalos azules se doblaron bajo su peso, por la violencia de la caída. Y acto seguido, Héctor Zaar actuó de un modo que su padre no predijo. Pero que, dadas las circunstancias, podía ser útil. Apuntó a la rosa con el disparador de cargas de alta tensión y disparó.

La rosa azul pareció estremecerse, vacilar, incluso gemir de dolor, o emitir

algún sonido chirriante, lastimoso. La mayoría de sus tallos, quemados y ennegrecidos por la formidable descarga, flotaron lacios, sin resistencia. La flor palpitaba, pugnaba por luchar. Pero había sido atacada con algo que no esperaba: energía eléctrica a gran voltaje...

Quedaba un camino libre hasta el fondo. El dorado fondo sinuoso, revulsivo, cruel, de su dorado polen. Y hacia aquel fondo, temeraria, osadamente... se lanzó Héctor Zaar desde lo alto de los pétalos abrasados...

Descendió como un cuerpo lanzado al abismo. Los tallos le engulleron, se sintió sobre la masa de corpúsculos diminutos, móviles y blandos, como arena movediza bajo sus pies. Una penumbra extraña, azulada, alucinante, le envolvió. Las paredes rugosas y estremecidas de los pétalos vivos le rodeaban hasta muy alto.

Y allí, en el mar de polen dorado, de nuevas semillas vivas en formación, los ojos del diminuto capitán descubrieron con horror algo que todavía no esperaba ver. Y que estaba allí, ante sus ojos. Como un prodigio demoníaco más. Como algo imprevisto y aterrador.

En el fondo de la corola, entre la masa dorada... una figura se agitaba, pugnando por luchar contra aquella materia, blanda y móvil, que caía sobre ella vorazmente...

—¡Dios santo, usted! —gritó Héctor, con su vocecita imperceptible casi, pero potente en proporción a su volumen. La voz casi se perdió entre el rumor de los pétalos crispados, crujientes—. ¡Alma Gart...!

Era ella. La auténtica Alma Gart, reducida a un volumen microscópico, como el suyo. Alma Gart, que empezaba a ser devorada, absorbida por la voracidad de los corpúsculos vegetales que medraban y crecían dentro de la falsa rosa azul...

CAPÍTULO XI

MÁS ALLÁ DEL HORROR

(Del «Diario» de Alma Gart)



REO que nunca sentí más felicidad. Y tampoco más pasmo.

Ese fue el momento supremo de mi vida. Precisamente aquel que creía era el de mi muerte.

¡Héctor Zaar, el propio capitán Zaar, aquel a quién yo había conocido... venía a salvarme, penetraba en el mundo horroroso de aquel vegetal multiforme, capaz de trocar su aspecto a cada momento para engañar a los humanos!

¡Zaar en mi rescate, diminuto como yo misma lo era desde que me sustituyó aquel horrible vegetal que tomó mi forma...! ¡Y precisamente cuando el polen del vegetal interplanetario del profesor Nielson... iba a engullirme para su necesaria nutrición!

Lo mismo que había engullido ya a Sonia Nielson... lo mismo que engulló a Ingram Fark... y a otros que yo no conocía, «raptados» también por el Vegetal en la Tierra...

No. Los corpúsculos dorados, que se habían lanzado ávidamente sobre mí, comenzando a rozar mi cuerpo, en la succión final que marcaba el desenlace de mi vida... ya no comían. Ni siquiera me rozaban.

Yo los veía. Los veía caer a mi alrededor o encima de mí, tendida e inmóvil como estaba, sujeta por las finísimas, sutiles, pegajosas fibras de la corola vegetal de la monstruosa flor... Pero era como sentir cuerpecillos yertos, sin vida... No atacaban, no dañaban, no hacían nada.

Desde que Zaar había disparado aquella carga azul, luminosa y candente, sobre los pétalos de la flor... esta estaba herida de muerte, era evidente. Y sus «hijos», sus horripilantes y monstruosos «hijos», los dorados núcleos de su polen, agonizaban con la maligna e implacable fuerza vegetal...

»Y yo, Alma Gart, me libraba de morir. Justamente en las fauces de la muerte ya... Después de aquel horrible cautiverio en el mundo microscópico de aquella flor, desde el día que la falsa Sonia me hizo caer en la trampa, y me llevó a su mundo diminuto e insospechado, he sufrido mucho. He vivido

largas horas de cautividad en el ámbito vegetal, he esperado morir mil veces, sin que el momento terrible llegara Yo sabía que los demás cautivos del Vegetal eran sacrificados para nutrir al polen que, como semilla del infierno, va sembrando por doquier. Así un día, cuando la flor, el auténtico cerebro, diese la orden... comenzaría el asalto final a la Tierra.

Pero si el cerebro les falla, si muere la flor... las semillas agonizan, dejan de tener fuerza y de saber actuar... Creo que Héctor Zaar lo ha presentido. Ha adivinado la verdad, la única forma de vencer a este pulpo de los mil tentáculos y la solitaria cabeza, y cortando esta, ha dejado inútiles todos sus tentáculos poderosos...

Sí, nunca fui tan feliz como en aquel momento en que vi al capitán Zaar.

Y creo que no fue sólo porque significaba la salvación, sino porque... era él. Había pensado tantas veces en Zaar... Cuando vi morir a Sonia, absorbida por el polen, en esta aromática prisión vegetal, pensé en él. Debía de haberla amado. Y ahora la perdía para siempre. Algo que, según yo creí entonces, quizá nunca sabría él.

Ahora, si realmente triunfaba, llegaría a saberlo. Si vivía yo también, para contárselo...

Estaba luchando. Luchando con algunos corpúsculos rebeldes, agresivos. Los aniquilaba fácilmente con un gas que los reducía a la impotencia. A otros, que se adherían a su cuerpo, los estrujaba, aniquilándoles también como a repugnantes parásitos...

Y la flor no hacía nada. No luchaba, no se esforzaba ya más en combatir. Estaba vencida, muerta... La vibración espasmódica que corría por las hojas quemadas y el tallo, revelaban sus espasmos finales, el agotamiento de su vida inteligente. Hasta resultaba inconcebible imaginarse a un semejante, reducido tan fácil, tan rápidamente...

Héctor Zaar se me estaba acercando ya. Me contempló con una expresión singular, llena de profundidad e interés. Nunca he visto en ojos de ningún hombre, ni siquiera del bueno de Ken Sky, una expresión parecida. Quizás era la manera de mirar cuando uno rescata con vida a alguien a quién se ha dado ya mil veces por muerto...

Quizás era solamente eso. Porque Héctor Zaar se inclinó sobre mí, sonriente, y dijo:

—Celebro haber llegado a tiempo, Alma Gart... Lo celebro de corazón. Usted, al menos, volverá a la vida ahora...

Yo sólo atiné a decirle con voz confusa que ni siquiera sabía si llegaría a entenderme.

—En cambio... en cambio Sonia, su... su esposa...

—No siga —cortó, con una contracción dolorida en la faz. Me contempló, sombrío—. Imagino cuál fue su final. Y el de Ingram Fark. Y el del profesor Nielson...

—No, no —negué yo—. El profesor no...

—¿Qué quiere decir? —me miró, sorprendido—. ¿Pretende darme a

entender que el profesor Nielson vive?

—Sí. Él... él tuvo suerte... si a eso se le puede llamar suerte —musité, cansada.

—Bueno, la escucho. ¿Dónde está él ahora, qué significa esto?

—El profesor Nielson está en su cuarto, durmiendo. En la casa, capitán Zaar. Aquí... pero en su dimensión normal.

—¡Imposible! La engañaron. Será un «doble», un vegetal que le suplanta...

—No, capitán. Yo sé cuándo son vegetales y cuándo no... —negué vivamente—. Es cierto que al profesor le suplantaron primero, cuando usted lo vio. Y que al auténtico, reducido como yo ahora, iban a destinarlo a alimento del polen de la flor del espacio, en mal hora elegida por Nielson para traer a la Tierra.

—¿Y qué pasó entonces, Alma Gart?

—El... el falso profesor fue destruido. Es decir, el vegetal volvió a ser vegetal. Y el profesor Nielson, sometido según interpreté, a una especie de dominio mental, de hipnosis potente, por medio de ondas de aroma especiales, vive, para cuidar las flores, para servir de instrumento entre los humanos a esa horrible planta. Pero él actúa sin saber lo que hace. Realmente, es como una máquina humana. Eso hizo este monstruo con su suegro. Le ha dejado sin esposa, con un suegro dominado, convertido en esclavo... Debe odiar con toda su alma a esta repugnante materia viva...

—Sí, Alma, creo que jamás sentí odio igual hacia nadie. Pero no sólo por eso, sino por lo que le hizo a usted... Ya me había hecho a la idea de que perdí a Sonia, el día mismo en que supe que aquella no era ella. La noticia de su fin no me sorprende ya demasiado.

Se volvió y llamó con toda la potencia posible en su voz, al tiempo que empujaba rabiosamente los pétalos, abatiéndolos con facilidad, lacios y exánimes:

—¡Eh, Ken! ¡Ken! ¿Se encuentra bien usted?

—¡Sí, capitán Zaar! —contestó la voz de Ken Sky—. ¡Estoy sin novedad! ¡Ese asqueroso polen he caído a mis pies, como abatido por un huracán, a pesar de que no lo toqué apenas! ¿Qué ha sucedido?

—Puede venir. El vegetal perdió la batalla, Ken...

—¡Ken Sky! —suspiré—. Dios mío, todos han venido... ¿También él está...?

—¿Reducido? —Héctor sonrió, afirmando—. Sí, también. Todos vivimos ahora en un micromundo...

—¿Del que no volveremos a salir, ahora que la flor no puede reintegrarnos al volumen que nos quitó?

—No, Alma. La flor puede morir... y nosotros volver a nuestra dimensión real. Aquí, creo que ya nada queda por hacer.

—¿Y cómo lo logrará?

—Como logré reducirme yo, y reducir a Ken.

—¡Oh! ¿Entonces a ustedes no... no fue el vegetal el que...?

—Claro que no —rió—. Lo que sucede es que a veces el hombre nace con dotes especiales y puede ver más allá del presente. Entonces, es capaz de avisar a su gente del peligro que se avecina. Y con que uno, uno sólo entre todos, tenga fe y crea en lo que dijo... puede vencer incluso a un vegetal monstruoso, trasplantado a la Tierra desde otro planeta.

—¡Gracias, Dios mío...! —susurré—. Creo... creo que nunca he sido más feliz...

Héctor me ayudó a salir del lecho dorado de polen. Me remontó con fuertes brazos fuera de la flor muerta. Todos, con Ken Sky, que acudía, corriendo a abrazarme a través del dorado polvo que todo lo alfombraba ahora, contemplamos la rosa, azul sin vida...

—Parece mentira, incluso, que fuese tan fácil —comentó Héctor—. Un duelo tan breve, tan simple... y el gran peligro dejó de existir...

—¡Fácil! —Ken Sky se estremeció, al recordar los peligros pasados en el mundo microscópico en que transcurrió su aventura fabulosa—. Cielos, Zaar, no diga esas cosas. Jamás vi nada más difícil ni peligroso en toda mi vida. Se lo prometo.

—Bien. Ahora, adoptemos nuestro tamaño normal —suspiró Héctor Zaar —. Y entonces buscaremos al infortunado Nielson para someterle a un tratamiento médico adecuado...

—¿Éste es ya el regreso definitivo a nuestra dimensión auténtica? —indagó Ken.

—Sí. ¿Es que le duele ahora dejar el mundo pequeño?

—¡Cielos, no! —gritó Ken Sky, haciéndonos sonreír a ambos—. ¡Vamos, hágalo deprisa, capitán! ¡Antes de que se arrepienta o surja otro peligro en el átomo...!

El capitán amplió su sonrisa. Sin comentar nada, me tendió uno de los mágicos tubos del «amplisem». Me indicó su utilización. Ken oprimió el suyo... y Héctor Zaar el que le correspondía, a la vez que decía gravemente:

—El Capitán Átomo se queda de nuevo en su mundo diminuto... y vuelve Héctor Zaar a su vida, a su mundo...

* * *

Héctor Zaar terminó de arreglar el sillón en la galería asomada a la ciudad.

Se volvió lentamente a Ken Sky y a mí. Estábamos solos con él. No habían autorizado que nadie más estuviera presente el primer día en que el profesor Nielson iba a salir del lecho en que fuera tratado de su estado posthipnótico, tal y como le hallamos en la alcoba de su casa, después de la terrible aventura en la flor.

Pero Ken y yo teníamos derecho. No como periodistas —aunque como tales habíamos publicado la aventura inaudita, asombrosa, en todos los periódicos, y nuestra fama ahora, había hecho aumentar las ofertas por nuestra firma, en el relato de los sucesos, hasta límites inconcebibles. En realidad,

estábamos allí como héroes, como personajes del drama desarrollado en el átomo.

Yo conocía ya la historia del padre de Zaar y de la fe de este en las premoniciones paternas, que habían resultado tan certeras. Aunque luego, sobre la práctica, la propia decisión y la iniciativa de Héctor, cuando atacó a la flor con electricidad de alto voltaje, hubieran dado más óptimos resultados aún. En la vida, uno no puede limitarse a hacer lo que otros dijeron, por geniales que fuesen. El genio propio tiene también sus manifestaciones. Y ayuda a culminar las más raras y asombrosas gestas. Como la lucha sorda de aquellos seres diminutos, contra el vegetal interplanetario, trasladado por Nielson a la Tierra, sin saber la clase de peligro que se trata.

Ahora, Argos Nielson volvía a andar, a ser una persona, normal. Aunque sin Sonia, su hija, una de las víctimas, como su secretario, de la muerte terrible en el mundo microscópico de las semillas vegetales.

Y allí estábamos nosotros, esperando con Héctor el momento de la llegada de Nielson. Otro reportaje sensacional en exclusiva. Héctor decía que nos merecíamos todo, después de lo que habíamos sufrido. Y la gente parecía estar de acuerdo con él.

—Bueno, todo está a punto —nos dijo Zaar, ultimados los preparativos—. Ahora vendrá el profesor Nielson. Podréis hacerle las preguntas finales de este asunto. Recordad, que el monstruo ha desaparecido. La Tierra ya está libre. Definitivamente libre. Todo vegetal que quede por ahí perecerá sin la existencia de su cerebro y controlador. Son semillas parásitas, que carecen de voluntad propia. Actuaban por simple mandato y control del cerebro vegetal. Y ese ya no existe.

Asentí. Ken Sky suspiró con fuerza, comentando con su cómico tono de siempre:

—Por fortuna, Héctor. Y eso que yo nunca me sentiré seguro, de todo...

—Pues haces mal —rió Zaar—. Ahora no expreses esas ideas pesimistas al profesor. Ha pasado también un duro trance, al tener que ser como un esclavo del vegetal. Es preferible que no oiga hablar más de cosas tan terribles... Esperad. Ahí llega...

Se abrió la puerta. Dos enfermeros del Departamento Especial de Psiquiatría Espacial entraron con el profesor Argos Nielson, principio y fin de aquel drama originado por el regreso del espacio con una planta no terrestre, que nadie más volvería a traer a nuestro planeta.

Le contemplé a mi antojo. Estaba desmejorado, pálido. Pero aún mostraba el brillo firme de sus ojos, su inquebrantable energía y dominio. En poco tiempo volvería a ser el que era. Miré de soslayo a Héctor Zaar. Había algo de dolor en sus ojos al mirarle. Y de ira hacia «algo» o «alguien».

Sí, él tenía razón para sufrir. Había perdido a Sonia. Lo mismo que el profesor, su padre. Eso era algo que ya nadie podría resolver jamás favorablemente. Los muertos no vuelven.

—Siéntese, profesor —le señaló el cómodo sillón metálico, que se había

ocupado tan minuciosamente de preparar—. Nos sentimos felices al tenerle de nuevo aquí, una vez vuelto a la normalidad. Espero que en poco tiempo se encuentre ya bien del todo.

—Sí, hijo, gracias —suspiró el profesor paternalmente. Reclinó su canosa cabeza y entornó los ojos. Parecía desear dormir. O pensar—. Sé todo lo que han hecho los tres. Son realmente tres héroes. Los modernos paladines del mundo.

—Bien, uno tenía que hacerlo, aunque fuese a la fuerza —rió Ken Sky—. Lo importante es que resultó bien.

—Profesor, ¿le dañaron mucho durante... durante su dominio sobre usted? —me interesé yo.

Me contempló, interesando a su vez. Me sonrió luego tenuemente.

—Me dañaron moralmente, señorita Gart. Por mi estado de sometimiento dócil a una materia vegetal, dotada de cerebro... y por Sonia. No sabía lo que era de ella. No podía vivir, pensando lo peor. Y lo peor sucedió, ¿comprende?

—Sí, profesor. Perdone si despierto desagradables recuerdos en usted —dije—. Yo también estuve a punto de perecer allí...

—Lo sé, señorita Gart. No tiene que disculparse. Pregunte lo que desee.

—Gracias. Otra cosa que me gustaría saber es si realmente la planta dio ya muestras de peligrosidad en el viaje espacial de regreso a la Tierra...

—Creo que empezó a dar señales de vida y de inteligencia durante el viaje. Recuerdo que tanto Fark como yo sufríamos desvanecimientos, actuábamos torpemente... como si algo nos sucediera, como un freno en nuestras mentes...

—Entiendo. La planta ya generaba energía mortal —sugirió Héctor—. Pero en la Tierra halló su máximo desarrollo.

—¿Cree que puede volver un día algo parecido a ese horror, profesor? —indagó Ken.

—Dios quiera que no —suspiró Nielson. Inclinando la cabeza—. Ya hemos sufrido una atroz experiencia. Es mejor suponer que ahí termina nuestro contacto real con los elementos vivos del espacio exterior. Demostraron, por esta sola vez, que son mucho más poderosos y capacitados que nosotros. Pueden dominarnos fácilmente, sin enterarnos siquiera...

—Por el contrario, profesor, yo discrepo de eso —replicó con energía. Héctor Zaar—. No estoy de acuerdo en que sean superiores, ni tengan más capacidad. Su mente es pobre, vil y rastrera, como la de cualquier bestia inferior de nuestro mundo. Les vencimos con facilidad. Y volveríamos a hacerlo mil veces, profesor. Métase eso en la cabeza.

Argos Nielson clavó en Zaar, su yerno, una mirada profunda, penetrante, casi agresiva. Replicó agriamente:

—Te equivocas en eso, Héctor. Venciste por pura casualidad, por inspiración y azar. Pero el peligro, incluso, es posible que no esté conjurado. Que, todavía, esa mente superior, de la especie vegetal, sea, mucho más fuerte que las vuestras, y siga dispuesta a demostrarlo en cualquier momento...

—Mi querido profesor, eso es absurdo. Nunca volverá a suceder eso. Ya le

he dicho que les vencimos. Y volveremos a hacerlo. Siempre.

—A lo mejor, esos seres recogen tu desafío, Héctor —Nielson sonrió, muy serio.

—Es curioso, profesor, pero está usted hablando de un modo raro —avisó Zaar—. Como si, en realidad, usted fuese el vegetal y esperase su nueva oportunidad...

El profesor se irguió en el asiento, con el rostro muy pálido. Yo me estremecí, y Ken Sky miró con perplejidad a ambos.

—¡Héctor! —jadeó Nielson—. Pero ¿qué dices? ¡Soy yo, yo mismo! ¡No he sido «substituido», como la primera vez!

—Eso ya lo sé, profesor —respondió Héctor—. Usted no ha sido suplantado... Es usted mismo... Pero su cerebro no es el de antes... Ya se suplantó mucho antes, en el vuelo espacial... Y allí, el profesor Nielson, el auténtico profesor, se convirtió en la verdadera materia vital, en la fuerza real que movía a los vegetales. La flor azul era solamente el señuelo, para el caso de que yo resultara más fuerte de lo previsto. Así fue y triunfé, profesor. Pero quedaba usted. Usted, fingido esclavo. Esclavo de sí mismo, porque usted es el cerebro vegetal. ¡Su cabeza no tiene masa encefálica!

—¡Mentira! —rugió el profesor, lívido y crispado—. ¡Es absurdo, Héctor!

—No. He aplicado detectores mentales a esta sala. Ninguno registró alteración al entrar usted. Porque usted es el gran peligro. Está dentro de usted, en su mente. Lo siento, profesor Nielson, pero el auténtico profesor murió hace ya mucho, a través del espacio, y... lo que ahora tenemos aquí es un monstruo al que es preciso destruir. ¡Ken, cuidado!

Evidentemente, sin yo saberlo, había avisado previamente a Ken. Y cuando dio la voz, a mi colega le bastó pulsar un resorte que yo no había observado.

El resultado fue espeluznante. Argos Nielson se elevó en el asiento, lanzando un chillido horrible, inhumano. Crispó sus manos como garras y trató de aferrar a Héctor que, lívido, desencajado, contempló el espectáculo.

Una descarga eléctrica de elevadísima tensión pasó por la silla, especialmente preparada por Héctor. Él sabía lo que iba a suceder. Sólo que carecía del valor para acabar con un hombre como Nielson... aunque poco debía tener en común con el Nielson que jamás volvió, aquella materia vegetal introducida en su cerebro, que se limitaba a usar una envoltura humana familiar, con mucha más perfección que sus esbirros vegetales, los «suplantadores».

Lo vi retorcerse, con el cabello erizado, ennegrecer rápidamente... y luego, de súbito, perder todo su aspecto humano... Se asemejó a un montón de pavesas retorcidas, de vegetales quemados, sobre la silla eléctrica. Sin esta, quizás el monstruo, con apariencia de profesor Nielson, nos hubiera atacado de forma feroz y terrible.

—Lo dije, profesor —susurró Héctor Zaar, muy pálido, frente al sillón mortal—. Una y mil veces venceremos...

—¡Dios mío...! —musité, a punto de desvanecerme.

Y los brazos que me recogieron fueron los del arrogante y rubio Héctor Zaar, el hombre a quién más admiraba yo en este mundo.

—Calma, pequeña —susurró a mi oído—. Sé que todo esto es ya demasiado... pero había que llegar hasta el fin...

—¿Cómo... cómo sospechó que era él, en realidad, el vegetal rector? —indagó Ken Sky.

—Cuando supe que a él le utilizaban como presunto esclavo, la idea no me gustó. La encontraba poco clara... Pensé si no habría otra razón. Y durante su convalecencia le vigilé estrechamente. No era un «suplantador» normal. Reaccionaba bien a todas las pruebas. Pero entonces se me ocurrió que el profesor podía ser el escondite humano del Cerebro vegetal. Le hice varios *tests* mentales sin que él los advirtiera o sospechara. Siempre me dieron un resultado notable: «la mente del profesor no reaccionaba». Eso indicaba claramente que su cerebro poseía otra estructura, otra materia muy diferente a la nuestra. Y le hice aquí la prueba decisiva... que, de dar resultado, había de significar, por fuerza, su eliminación. Él era el peligro latente para la Humanidad. Tenía su poder en el átomo, en un microcosmos... pero dirigía desde nuestra propia dimensión. Si aquello se hundía, quedaba el Cerebro. Siempre a punto para volver a formar la agresión... Cuando se le analice su cráneo, sabremos lo que realmente contiene...

Ken Sky no preguntó más. Yo tampoco. Allí terminaba la historia. La histeria del peligro vegetal de otros mundos... Y la historia de Héctor Zaar, el «capitán del Átomo».

¿O tal vez no?

FINAL

(Del «News Digest», año 2010)

«Ayer, día 11 de marzo del año 2010, dos héroes de nuestra generación, dos valerosos defensores de la humanidad, han unido sus vidas ante el altar.

Él es Héctor Zaar, llamado también «Capitán Átomo», después de su gloriosa aventura frente a los invasores vegetales Ella, Alma Gart, la bella reportera que tanto le ayudó... Padrino de los contrayentes fue el periodista Ken Sky...».

Sí. Ahí, sí.

Ahí termina la historia...





LA MISTERIOSA LLAMADA
DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO
DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO
DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 7 ptas.